285 4830

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL FRONTERO DE BAEZA,

DRAMA CABALLERESCO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.° de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	3	Casamientos y vice-versa.....	1	D. Daniel Balaciart.....	Todo.
	.	Dimats 13..	1	José Ovara.....	»
»	»	El conde Patricio.....	1	G. Sanchez Castilla..	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier.....	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.....	1	Elías Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor.....	1	José Estremera.....	»
		La mamá de mi mujer..... ..	1	Eduardo Maza.....	»
		Los tres novios de la niña....	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.....	1	Eugenio Sellés.....	»
2	2	Por un anuncio	1	J. G. de Iribarrén...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant.....	»
		Un aprenent de lletí.....	1	José Ovara.....	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
5	2	¡Don Martin!.....	3	R. Lopez del Rio...	»
9	2	El frontero de Baeza.....	3	Sres. F. L. de Retes y F. P. Echevarría....	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva.....	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.....	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata.....	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey.....	3	Valentin Gomez.....	»
3	2	Los niños y los locos.....	3	Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.....	3	F. Cid Rodriguez...	»

EL FRONTERO DE BAEZA.

TEATRO ESPAÑOL.—NOVIEMBRE 1877.

EL FRONTERO DE BAEZA,

DRAMA CABALLERESCO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ESTRELLA.....	DOÑA MATILDE DIEZ.
GUIOMAR....	EMILIA DANSAN.
DON DIEGO DE BENAVIDES....	D. ANTONIO VICO.
DON RODRIGO DE ROJAS.....	ANTONIO ZAMORA.
DON PEDRO MANRIQUE.	JULIO GARCÍA PARREÑO.
DON ALONSO MANRIQUE.	ALBERTO RODRICUEZ.
FERNAN.....	MARIANO FERNANDEZ.
NUÑO.....	JOSÉ BARTA.
FORTUN.....	JULIAN CASTRO.
UN CABALLERO.....	JORGE PARDIÑAS.
JIMEN.....	FRANCISCO SANJUAN.

Partidarios de los Manrique.—Partidarios de los Rojas.—Caballeros.—Hombres de armas.

La accion en Baeza. – Siglo XV.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DUQUESA DE LA TORRE,

CONDESA DE SAN ANTONIO.

Para que esta obra tenga una belleza, se la dedican

Sus amigos

Los autores.

674426

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Gran plaza de la Edad Media en Baeza.—Á la derecha del actor boca-calles, y en la esquina, que da frente al público, una imágen de la Vírgen con farol encendido.—Á la izquierda, frondosa arboleda en primero y segundo término y alguna casa, y calle en tercero. Al fondo, alcázar en ochava de tres frentes. Puerta practicable al centro; poterna practicable con puerta de hierro en la ochava de la derecha.—Puente en la de la izquierda que se pierde entré bastidores.—Balcones practicables en las tres ochavas.—Telon de foro de ciudad.—Bancos de piedra á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon comienza á anochecer; óyese una campana; van llegando á la plaza los CABALLEROS por diferentes sitios. D. PEDRO y D. ALONSO salen por la puerta principal del alcázar.

PEDRO. Hijo Alonso, vamos ya,

que repica el esquilon,
y es forzosa obligacion
llegar los primeros.

ALONSO. ¡Ah!
dejad, padre, que repique
y el paso no apresureis;
siempre el primero sereis
por Frontero y por Manrique.

PEDRO. (Saludando.) Señores, que el cielo os guarde.
(Saludan todos.)

CAB. El Señor tambien á vos.

PEDRO. ¿Vais al consejo, Quirós?

CAB. Como os plazca más.

ALONSO. No es tarde

CAB. ¿Hay asuntos?

PEDRO. De tal suerte
importantes, que á mi ver
álguien pudiera correr
grave peligro de muerte.

ALONSO. Los Rojas.

CAB. Entónces vos
el triunfo habeis alcanzado?

ALONSO. El rey los ha desterrado
de Baeza.

CAB. (Con alegría.) ¡Vive Dios!
recibid mi parabien,
señor don Pedro.

PEDRO. En verdad,
de mi triunfo la ciudad
regocíjese tambien.
Término da á sus congojas
el fin de nuestra contienda
de dos siglos; lucha horrenda
entre Manriques y Rojas.
Nos dará fuerza pujante
nuestra union.

CAB. Sois el Frontero...

ALONSO. La fuerza la da el acero
siempre glorioso y triunfante.
Mal acata mi rencor
el mandato de su alteza;
desterrarlos de Baeza

es clemencia, no rigor.

PEDRO. Vencimos en buena ley.

ALONSO. Y ya es dueño nuestro brío
de Baeza.

PEDRO. No, hijo mio;
Baeza es sólo del rey.
Cuando plazca á mi señor
el mando le restituyo;
el llamarme dueño suyo
es llamarme usurpador.
Yo sólo soy el Frontero
contra el moro, por Castilla,
que las huestes acaudilla
de don Enrique tercero.
(Óyese dentro derecha el sonido de un laud.)
¿Qué sonido?...

CAB. Un trovador
de esos que cruzan la tierra
cantando historias de guerra
ó dulces trovas de amor.

PEDRO. Sí, no hay duda, es un juglar
que la mandolina ensaya!
pláceme la ciencia gaya!

ALONSO. ¿Á qué viene aquí á trovar?
Siempre canta los rencores
de las familias rivales,
siempre contiendas mortales
y desdichados amores.
Cuando la luna su brillo
en el horizonte apaga,
con paso trémulo vaga
alrededor del castillo.
Cancion de amores arroba
la mente de una doncella;
no ha de ver ni oir Estrella
al trovador ni la trova.
(Aparece D. Rodrigo y pasa lentamente por delante del alcázar.)
¡Miradle! el mancebo intonso,
aunque aquí nos ve, se atreve!...
¿Qué oculta intencion le mueve?...
(Dirígese violentamente al juglar. Aparece Don

Diego de Benavides. El juglar se aleja.)

DIEGO. (Saliendo y deteniendo á D. Alonso.)
¿Adónde vais, don Alonso?

ESCENA II.

LOS MISMOS, D. DIEGO.

ALONSO. (Con desprecio.)
¡Benavides!

DIEGO. ¡Bueno fuera
que eclipsara vuestra gloria
tal desman!

ALONSO. ¿Cómo?

DIEGO. Esa historia
la ha llorado Italia entera;
de vos no es digno trofeo
su muerte; tened la planta;
el juglar la historia canta
de Julieta y de Romeo.
Manrique, la sabeis vos?

ALONSO. No la sé.

DIEGO. Me maravilla;
que no hay hidalgo en Castilla
que la ignore.

ALONSO. (Con fiereza.) ¡Vive Dios!
Ruin empresa es á los bríos
que heredé de mis mayores
pensar en viles amores
y en frágiles extravíos.
Alta y digna empresa es,
como noble caballero,
cubrir el cuerpo de acero,
vestir el brillante arnés,
velar la faz la celada
y unir en estrecho lazo
el limpio escudo en un brazo
y en otro la férrea espada.
No empleo mi juventud
en villanías ociosas,
están mis manos callosas
para pulsar un laud.

Acostumbrado á las lides
de las lides voy en pos,
ese empleo es para vos
mucho mejor, Benavides.

DIEGO. (Con calma.) Blanca y suave está mi mano,
y nunca tuve á desdoro
pulsar el laud sonoro,
que no es oficio villano.
Pero más precio la espada,
y bien conoce en las lides
á Diego de Benavides
el rey moro de Granada.
Yo en la contienda campal
muero, ó triunfo, no me entrego;
pensad en eso.

ALONSO. (Con ira.) ¡Don Diego!

PEDRO. (Interponiéndose.) Hijo Alonso, hiciste mal.

ALONSO. ¡Ah, señor!

DIEGO. De todos modos
guerreros y castellanos,
caballeros y cristianos,
lo que hago yo lo hacen todos.
De valor y de nobleza
¿quién, don Alonso, podrá
presumir en dónde está
el Frontero de Baeza?

PEDRO. (Dando la mano á D. Diego.)
Gracias; menguado y malsin
sea quién de tí ha dudado;
los hechos has eclipsado
de tu padre don Martin.
No habrá nadie que te afrente
ante mí, no lo osarán;
¿pero por qué tan galan,
tan altivo, tan valiente,
y la santa ley de Dios
desprecia tu juventud,
falta tu alma de virtud?

DIEGO. ¡Por vos, don Pedro, por vos!

PEDRO. Por mí, Diego!

DIEGO. Aunque en verdad
no hace á la virtud insulto,

señor, el que rinde culto
á la ardiente mocedad.
Mas si vos por ser anciano
de otro modo lo entendeis,
en vuestra mano teneis
que me enmiende.

PEDRO. ¡Yo en mi mano!
eso no es posible!

DIEGO. ¡Sí!
de esa virtud la centella
inflamad, dándome á Estrella.

PEDRO. Estrella no es para tí.

DIEGO. ¡Por qué!

PEDRO. ¡Mi hija te he de dar!

DIEGO. ¿No es noble acaso mi cuna?

PEDRO. ¿Qué importa si tu fortuna
no has sabido conservar?

DIEGO. ¿Será mejor don Rodrigo?

PEDRO. ¿Qué dices?

ALONSO. Está demente.
Un Rojas!

PEDRO. Quién lo consiente!

ALONSO. Mi hermana de mi enemigo!

DIEGO. ¿Es decir, que ni á él ni á mí?
(Suena la campana.)

PEDRO. Tiempo es ya de ir á consejo.
¡Adios!

DIEGO. ¿Me dejais?

PEDRO. Te dejo.
(Aparece otra vez D. Rodrigo.)

ALONSO. ¡Otra vez ese hombre aquí!

PEDRO. (Deteniéndole.)
¡Alonso! (Ap.) (No sé que siente
mi alma, que tiembla cobarde!)
¡Adios, Diego!

DIEGO. ¡El cielo os guarde!
(Aléjanse D. Pedro, D. Alonso y los Caballeros: D. Rodrigo arroja el laud, y se dirige al palacio.)

ROD. ¡Por fin se van!

DIEGO. (Saliéndole al encuentro.) ¡Imprudente!

ESCENA III.

D. DIEGO, D. RODRIGO.

DIEGO. ¿Qué vais á hacer, don Rodrigo?
ROD. Me conocísteis?
DIEGO. Pues no?
gracias que no os conoció
don Pedro, vuestro enemigo.
quedaros aquí es locura.
ROD. Así lo ordena mi suerte!
DIEGO. Pues vais derecho á la muerte!
ROD. Si la muerte es mi ventura,
si es mi esperanza más bella,
mi más grato porvenir,
si yo no puedo vivir
estando lejos de Estrella.
DIEGO. ¡Tanto la quereis!
ROD. ¿Hay tal?
es desvarío mi amor.
DIEGO. Pues aún hay otro mayor;
el mio.
ROD. ¡Vos mi rival!
DIEGO. ¡Sí! no vivais descuidado
aunque sois del bien querido,
amante favorecido
y yo tal vez desdeñado.
Que á tan alto se arrojó
el empeño en que me veis,
que el desdeñado sereis
y el favorecido yo.
ROD. Pues si á tanto, caballero,
contra mi ventura osais,
ese empeño á que os lanzais
puede alcanzarle el acero.
Salgan al viento las hojas
y prueben en buenas lides,
don Diego de Benavides
y don Rodrigo de Rojas,
pues del cariño de Estrella
ambos tienen la ambicion,

quién merece el galardon
y quién es más digno de ella.

DIEGO. Escuchadme, pese á tal!
escuchadme don Rodrigo,
que aunque soy vuestro enemigo,
soy enemigo leal.
Y aprovechad mi franqueza
contra mí, de cualquier modo;
voy á revelarlo todo
como cumple á mi nobleza.
Pero ántes deciros quiero
que en mi favor nada os pido,
ni aun quedarme agradecido,
basta ser yo caballero.
Esa violenta pasion
que por Estrella os inflama
incendió con mayor llama
este amante corazon.
Si el vuestro de amor inunda
de amor el mio cautiva,
si en vuestro pecho arde viva
en el mio arde profunda.
Vos invocando al amor
teneis un solo derecho,
yo tengo dos; en mi pecho
arde amor y lucha honor.

ROD. ¡Explicaos!

DIEGO. ¡Ay de mí!
Rojas, mi suerte es funesta,
una desdichada apuesta
me precisa á obrar así.

ROD. Acabad por vida mia.

DIEGO. Palabra he dado de honor
en el frenético ardor
de una tumultuosa orgía,
de que si en un plazo es vano
mi empeño ¡cumple mañana!
daría á una cortesana
mi nombre ilustre y mi mano.
Esclavo soy de mi fe
si no salgo con mi empeño,
y de Estrella no soy dueño...

ROD. ¿Os casais?
DIEGO. No: moriré.
Juzgad.
ROD. ¿Y es mañana?
DIEGO. ¡Sí!
ROD. Muy corto os ponen el plazo,
si os prendieron en un lazo
eso os toca á vos, no á mí.
DIEGO. Es que yo os puedo perder
con una voz, con un gesto.
ROD. ¡Benavides!
DIEGO. Mas no es esto
lo que un noble debe hacer.
Una esperanza me resta,
que ceda esa cortesana.
ROD. La creo esperanza vana.
DIEGO. Hoy mismo espero respuesta.
Cual caballero cumplí,
ya estais advertido. Adios.
ROD. ¿Teneis confianza vos,
Benavides?
DIEGO. Tal vez sí.
ROD. Dejad que en su amor confie.
DIEGO. Confiad; pero al presente
ved que el riesgo es inminente.
ROD. Dios os guarde!
DIEGO. El cielo os guie
(Váse D. Rodrigo.)

ESCENA IV.

D. DIEGO.

¡Ay, fieras luchas de amor!
¡ay, apuesta malhadada!
¡ay, mi Estrella idolatrada!
¡ay, duras leyes de honor!
Fuera indigna alevosía
no advertirle; ya lo está!
y si triunfo, no será
con mengua de la hidalguía.

ESCENA V.

D. DIEGO, FERNAN.

FERNAN. Sobre los lomos de un cuártago,
á quien coma mala landre,
la vuelta dí de Quesada
en más de ocho horas mortales;
ví á Aldonza, del diablo hija
y de los cielos imágen,
y roto y no descansado
entreguéla tu mensaje.
Hízome esperar respuesta
otras dos horas cabales
creyéndome dueña acaso
de las que llevan y traen.
Perdí en Quesada paciencia
y mi voluntad dí al traste,
porque aún hecha no la tengo
para zurcir voluntades.
Pagóme con un cornado,
que es muy justo que así paguen
á los que enderezan tuertos
que ni les tocan ni atañen.
Torné á montar en el cuártago,
cuártago así Dios me salve,
que tiene pujos de empuje
y como el pienso la sangre.
Tardo y mohino en el campo
entróse en la villa á escape,
porque el olor del pesebre
llevóle al entrar el aire.
Aquí la respuesta traigo,
y si no me pagan gajes,
no será la culpa mia
sino del que no los pague.

DIEGO. Ménos tardaste mi encargo
en hacerle que en contarle.
¡Y contestó?

FERNAN. Largo y limpio.

DIEGO. ¿Dónde?

FERNAN. (Dándole un pergamino.) ¡Aquí lo tienes!
DIEGO. Dame.
Á ámbar trasciende.
FERNAN. Está claro;
son cortesanas señales,
muy propias de cortesanas,
como esa Aldonza Gonzalez.
DIEGO. ¡Qué me dirá!
FERNAN. Nada bueno.
DIEGO. ¡Nada bueno! ¿tú lo sabes?
FERNAN. ¿Qué bueno puede decirte
quien es causa de tus males?
DIEGO. (Abriendo el pergamino.)
¡Leo con temor! ¡Dios mio!
préstame valor! (Recorriéndole con la vista.)
¡Ah, infame!
FERNAN. ¡No lo dije!
DIEGO. Oye, Fernan,
y que el infierno me trague.
(Lee.) «Diego, si á tu amor me entrego
»no es porque te tenga amor,
»es que hombre de tu valor
»jamás se desprecia, Diego.
»Á tu pretension me niego;
»sé otra vez más cauteloso.
»Cumplido el plazo forzoso
»mi esposo te has de llamar,
»si ántes no puedes lograr
»ser de doña Estrella esposo.
»Combate, lucha, atropella
»y cumple lo prometido,
»porque has de ser mi marido
»ó esposo has de ser de Estrella.
»Tu palabra el pacto sella;
»yo conozco tu hidalguía,
»y tanto en ella confía
»Aldonza la cortesana,
»que aquí te espero mañana,
»pues sólo te falta un dia.
»Te advierto que no pretendas
»comprarme con joyas ni oro;
»teniendo entero el tesoro

»para mí, ¿qué valen prendas?
»Y porque sepas y entiendas
»que ser tu esposa prefiero,
»aquí en Quesada te espero,
»que tu intento malogrado
»no querrás ser deshonrado,
»felon ni mal caballero.»

FERNAN. Loco estuviste, señor.

DIEGO. ¡Loco estuve!

FERNAN. ¡El caso es grave!

DIEGO. Muy grave; que no es posible
que yo á mi palabra falte.

FERNAN. ¡Si no consigues á Estrella
con Aldonza has de casarte?
Huyendo de una deshonra
en otra das y más grande!

DIEGO. ¡Ántes la muerte, Fernan!

FERNAN. Es preciso que te cases
con Estrella.

DIEGO. ¿De qué modo?
Me la ha negado su padre;
mas no importa, escribo á Aldonza
que mañana en los altares
doy mano de esposo á Estrella.

FERNAN. Voto á una legion de frailes
Señor, que así quiero verte,
atrevido y arrogante.

DIEGO. No podemos perder tiempo;
corre, Fernan, y prepárame
una escala y mil cornados.

FERNAN. Lo segundo no es muy fácil.

DIEGO. Tengo que entrar esta noche
en su estancia á todo trance.
Esa poterna...

FERNAN. Cerrada.

DIEGO. Si yo lograra la llave...

FERNAN. Guiomar acaso pudiera...

DIEGO. Fernan, ¿no es raro contraste
que el amor y honor á un tiempo
lo prohiban y lo manden?

FERNAN. Piensa, señor, en Aldonza
y no dudes.

DIEGO. Vé delante.
(Vánse por el fondo derecha.)

ESCENA VI.

ESTRELLA.

Aparece Estrella por la puerta principal del alcázar.

Ya no se escucha rumor
alguno; todos se han ido;
no hay duda, mi amante ha sido,
Rodrigo fué el trovador.
¿Por qué se empeñan, por qué
en contrariar la ventura
de nuestro amor? ¡qué locura!
nadie mata nuestra fé.
¡Ah! nos separan quizás
por un heredado ultraje,
pero hembras de mi linaje
no saben ceder jamás.
Y si el odio y el rencor
arman varoniles brazos,
los sujetarán los lazos
poderosos del amor.
Pero ¡ah! la traidora suerte
amenaza su cabeza,
si no sale de Baeza
perdido está, le dan muerte.
Que ningun pecho engendró
encono que el suyo iguale,
mas de Baeza no sale
si no se lo ruego yo.
Fuerza es hoy disimular,
tiene que partir, si á fé;
¿pero cómo le veré?
dónde le encuentro? ¡Ah Guiomar!

ESCENA VII.

ESTRELLA, GUIOMAR.

GUIOM. (Por el Alcázar.) Estais en vos, Doña Estrella

sola y entrada la noche?

EST. Salgo á aspirar el ambiente;
el blando viento que corre
me trae en sus leves alas
el aroma de las flores.

GUIOM. ¡Vos, doña Estrella Manrique!
¡entrad! Cristo nos perdone!

EST. ¡Ah Guiomar!

GUIOM. ¿Á qué bajásteis?

EST. Debajo de mis balcones
á cantar trovas há poco
un pobre juglar paróse
y yo he bajado á pagarle
sus amorosas canciones.

GUIOM. ¿Amorosas?

EST. Y muy tristes.

GUIOM. Válate Dios por amores,
y con qué presteza prenden
entusiastas corazones.

EST. ¡Ay Guiomar del alma mia!
por estos alrededores
debe estar.

GUIOM. ¿El juglar?

EST. No,
mi amante.

GUIOM. Quién nos socorre!
Estrella, estás en tu juicio?
¡tu amante!

EST. Mi pecho absorbe
un raudal de un amor puro
lleno de inefables goces.
De los años juveniles
pasaron las ilusiones
entre sangrientas venganzas,
entre enconados rencores,
¡ay Guiomar! sin que prendiera
amor en mi pecho indócil.
Mas en vano se resiste
la tierra al germen informe
de la flor que al fin el germen
sus duras entrañas rompe.

GUIOM. ¡Jesús, María y José!

¿no ves á lo que te expones?
pues si lo sabe don Pedro
ya me pagó el alboroque.
Yo no quiero oirte, Estrella.

EST. Guiomar, tú bien me conoces,
por este amor...

GUIOM. ¿Mancharías
de tu padre los blasones?

EST. Eso no, mi vida es la honra;
y aunque el alma me destroce,
entre mi amor y mi honor,
muera amor, que no es tan noble!

GUIOM. ¡Entónces!...

EST. Toma esta llave. (Dándosela.)

GUIOM. ¡La de la poterna!

EST. ¡Oye!
Junto á la iglesia mayor
le hallarás.

GUIOM. ¡Pero...

EST. Le esconde
de paño burdo una capa.

GUIOM. ¿Pero quién es?

EST. ¡No te importe!
(Ap.) (Si sabe quién es se niega.)

GUIOM. Y no me dices su nombre?

EST. Te ha de asombrar.

GUIOM. Hija mia,
los años me han hecho torpe;
y si tropiezo con otro?

EST. Nadie á estas horas recorre
la ciudad; estará solo.

GUIOM. Mas...

EST. Que venga á media noche.

GUIOM. No es posible

EST. La poterna
abres.

GUIOM. ¡Nunca!

EST. (Con energía.) Pues entónces
á buscarle iré yo misma.

GUIOM. ¡Ay Santo Cristo!

EST. (Con dolor.) Ó disponme
tumba y mortaja!

GUIOM. ¡La llave!
EST. Dios te premie.
GUIOM. ¡Aquí!
EST. ¡Á las doce!
(Váse Guiomar por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ESTRELLA, D. PEDRO, D. ALONSO.

EST. (Ap.) (Mi padre y mi hermano!)
PEDRO. ¡Estrella!
¿dónde va Guiomar?
EST. ¡No sé!
PEDRO. ¿Cómo estás aquí?
EST. Bajé
como es la noche tan bella
y está de aroma impregnada,
á respirar un momento
el suave y sutil aliento
de la brisa embalsamada.
ALONSO. (Á D. Pedro.) ¡Y eso díces!
PEDRO. Con certeza:
en su acero confiando
y el peligro despreciando,
don Rodrigo está en Baeza.
ALONSO. ¡Por Cristo! Venganza clama
su atrevimiento!
EST. (¡Es perdido!)
PEDRO. Dicen que le han detenido
los suspiros de una dama.
ALONSO. Pues si esos locos amores
dan tal audacia al doncel,
padre, para dar con él
no faltarán rondadores.
El rey su fallo dictó
y que se cumpla es justicia.
PEDRO. Si la ocasion es propicia
no he de estorbártela yo.
(Dirigiéndose al alcázar.)
Vamos.
ROD. (Apareciendo entre los árboles, aparte á Estrella.)

¡Estrella!

EST. Ay de mí!

PEDRO. ¿Qué tienes? estás temblando.

EST. Es que os estaba escuchando,
señor, y por vos temí.

PEDRO. (En la puerta principal del alcázar.)
Hola, pajes, alumbrad,
ya la plaza está desierta,
echad la barra á la puerta.

EST. No está mi dueña.

PEDRO. Es verdad.
¿Qué la puede acontecer
que del alcázar se aleja?

EST. No sé.

PEDRO. Caprichos de vieja.
Ríñela tú.

EST. Lo he de hacer.

(Vánse entrando en el alcázar, primero D. Pedro, despues D. Alonso y finalmente Estrella.)

ESCENA IX.

D. RODRIGO.

He de hablarla, sí á fe mia;
pues el lance está empeñado,
velando estaré á su lado
hasta que amanezca el dia.

(Aparece Estrella misteriosamente á la puerta del alcázar.)

ESCENA X.

ESTRELLA, D. RODRIGO.

EST. ¡Rodrigo!

ROD. ¡Estrella, tú aquí!
¡Oh!

EST. Silencio.

ROD. ¡Qué te altera!

EST. ¡Aún sube por la escalera
mi padre! Véte.

ROD. ¡No!
EST. ¡Sí!
Mira que tienen poder,
mira que van á matarte!
ROD. Esta noche quiero hablarte.
EST. ¡Qué dices!
ROD. ¡Esto ha de ser!
Suceda lo que suceda
no hagas mi esperanza vana,
pon la luz en la ventana
y echa una escala de seda. (Estrella vacila.)
¡Oh, sí, la traicion espía!
EST. Guiomar estará conmigo,
ven.
PEDRO. (Dentro.) ¡Estrella!
EST. Adios, Rodrigo!
ROD. Adios. La victoria es mia. (Váse.)

ESCENA XI.

D. DIEGO, FERNAN, despues GUIOMAR, luégo D. RODRIGO

DIEGO. Fernan, la suerte está echada;
si en el riesgo á que me lanzo
su mano y su amor alcanzo,
es completa la jornada.
Mi capa burda escondida
lleva esta empresa de amor,
ó vengo á ganar mi honor
ó vengo á perder la vida.
FERNAN. (Sacando una escala.)
La escala.
DIEGO. Y este bolsillo
que guarda todo un tesoro.
FERNAN. ¿Qué no rinden valor y oro?
DIEGO. Fernan, busca á un pajecillo
de la casa, algun criado.
FERNAN. ¡No hay nadie!
GUIOM. (Saliendo.) ¡No le encontré!
mejor... así no tendré
que confesar el pecado.
DIEGO. ¡Viene gente! Pésia mí!

GUIOM. Á Estrella voy á buscar.
DIEGO. ¡Por el cielo, si es Guiomar!
FERNAN. ¡Buena dueña!
GUIOM. ¿Llaman?
DIEGO. Sí.
GUIOM. ¡Un hombre! ¡Ay Dios, yo me aturdo!
quién sois?
DIEGO. ¡Calla, voto á san!
GUIOM. (Viendo á D. Diego.)
¡Santos del cielo! un galan
con capa de paño burdo!
¿Si será?... tengo un temblor...
DIEGO. Tú eres Guiomar.
GUIOM. No lo niego!
y vos el señor don Diego.
(Ap.) ¿Y á este hombre le tiene amor?
DIEGO. (Á Guiomar.) El mismo, escucha.
GUIOM. Ya escucho.
(Ap.) (¿Hay más grande desatino?
¡Un hombre tan libertino!
á estos se los quiere mucho!)
DIEGO. Guiomar, tú no puedes ser
insensible á la piedad.
GUIOM. Es cierto; pero en verdad
no la debiera tener.
DIEGO. (Con regocijo.) Mas la tienes?
GUIOM. (Confusa.) ¡Ah señor!
DIEGO. ¡Toma! (Dándola el bolsillo.)
GUIOM. ¡Oro!
DIEGO. El caso es grave.
GUIOM. (Rechazando el bolsillo.)
¡Eso no! Tomad la llave
que yo soy mujer de honor.
DIEGO. (Con alegría.) ¡La llave!
FERNAN. Empresa ganada.
GUIOM. Yo os ayudo por piedad.
Señor, el oro guardad,
ya os dije que soy honrada.
DIEGO. ¡Mucho!
GUIOM. ¡Lo dudais?
DIEGO. No.
FERNAN. Pase.

GUIOM. No lo dude Benavides.
FERNAN. (Ap. á D. Diego.) (Á esta dueña la despides.)
DIEGO. (Ap. á Fernan.)
(¡En el punto en que me case!)
FERNAN. ¡Viene gente!
GUIOM. Á la poterna!
Yo iré delante, señor,
oscuro está el corredor,
pero...
FERNAN. (Sacando de debajo de la capa una linterna sorda.)
Toma mi linterna.
(Vése brillar una luz en el balcon de Estrella; aparece D. Rodrigo; cae la escala.)
ROD. ¡La luz!
DIEGO. (Ap.) (¡Qué pasa por mí!)
GUIOM. ¡Pronto, que nos van á ver!
DIEGO. Mañana al amanecer,
Fernan, espérame aquí.
FERNAN. Esperaré. (Váse.)
GUIOM. Vamos ya,
la diligencia es forzosa.
DIEGO. (Entrando en la poterna con Guiomar.)
¡Estrella será mi esposa!
ROD. (Subiendo por la escala.)
¡Mi esposa Estrella será!

CUADRO SEGUNDO.

Salon.—Balcon al fondo.—Puertas á derecha é izquierda en primero y segundo término.

ESCENA XII.

ESTRELLA, D. RODRIGO.

Sale Estrella por la puerta de la izquierda y se dirige al balcon del fondo.

EST. ¡Él es! Rodrigo! Rodrigo!

¡tiemblo! Ya sube! ya llega!
¡padre mio, perdonadme!
(Aparece D. Rodrigo por el balcon.)
¡Ah Rodrigo!

ROD. Estrella! Estrella!

EST. ¡Qué desvarío!

ROD. Te traigo,
amor mio, infaustas nuevas.

EST. ¡Qué!

ROD. Don Diego Benavides
hacerte su esposa anhela,
y usará para lograrlo
la astucia, el oro ó la fuerza
él mismo me lo ha advertido,
preciso es que te resuelvas;
al otro lado del muro
mis parciales nos esperan,
¡vente conmigo!

EST. Deliras!
qué juzgas de mí? qué piensas?
ni me intimida la astucia
ni hay quien por oro se venda
en mi casa, ni se rinde
mi espíritu á la violencia.

ROD. Mañana mismo entraremos
ya casados en Baeza.

EST. El soñarlo es un delirio,
imaginarlo demencia.

ROD. Señal sería el no hacerlo
de cobardía y flaqueza.

EST. Mi padre...

ROD. Estrella, á tu padre
odio insensato le ciega;
forzoso será que un dia
nuestro cariño le venza.

EST. ¡Ah! no lo esperes; yo temo
de mi padre la soberbia,
temo tu fiera arrogancia,
temo mi suerte funesta!

ROD. No.

EST. Parte al punto, Rodrigo,
parte; que no comprometa

nuestra risueña esperanza
una fatal imprudencia.
Me estremezco de pensarlo,
aquí la muerte te espera!

ROD. No he de marcharme, lo juro,
hasta saber lo que intentas.

EST. Salvarte sólo.

ROD. ¿Y don Diego?

EST. ¡Rodrigo, de mí sospechas!

ROD. No, mas la mente ardorosa
negros fantasmas se crea,
viles perfidias presume,
torpes traiciones recela.

EST. ¡Yo traidora! ¡yo mudable!
¡yo miserable! ¡yo pérfida!
¡Mentir yo! Pues y mi honra?
¿piensas que vivo sin ella?
ántes que ser deshonrada
quiero mil veces ser muerta.

ROD. Perdóname.

EST. ¡Me ofendiste!

ROD. Qué rumor?...
(Óyese rumor confuso que se va acentuando.)

EST. ¡Dios nos proteja!

ROD. (Asómase á la ventana y se retira rápidamente.)
De caballeros armados
toda la plaza está llena,
confusas voces se escuchan,
brillan espadas y teas,
¡ah! ¿si habrán visto la escala?

EST. Huye, Rodrigo. Esta puerta!...
(Primera derecha.)

ROD. Está cerrada: no importa,
los espero aquí, que vengan. (Desenvainando.)

EST. ¡Sígueme! yo he de salvarte
suceda lo que suceda.
(Váse por la segunda puerta izquierda; ábrese la primera de la derecha y aparecen D. Diego y Guiomar.)

ESCENA XIII.

D. DIEGO, GUIOMAR.

GUIOM. Entrad, no tengais recelo,
que há tiempo estará dormido
el viejo. (Oyendo el rumor que aumenta.)
¡Jesús qué ruido!
DIEGO. (Saliendo.) ¡Qué es eso?
GUIOM. (Asomándose al balcon.) ¡Válame el cielo!
huid, don Diego.
DIEGO. ¡Marchar?
jamás!
GUIOM. ¡Vuestra muerte es cierta;
teneis la poterna abierta!
DIEGO. Aquí los quiero esperar.
GUIOM. ¡Esperar! Ave María,
y vienen! Cielos, qué haré!
yo estoy muerta!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, ESTRELLA.

EST. (Volviendo.) ¡Le salvé!
(D. Diego se oculta de modo que no le vea Estrella.)
GUIOM. ¡Huye! huye, Estrella mia!
EST. ¿Y por qué?
GUIOM. ¡Le han descubierto!
EST. Á quién?
GUIOM. Á tu amante.
EST. ¡No!
mi cariño le libró.
PEDRO. (Fuera.) ¡Alonso!
GUIOM. Mira si es cierto.
EST. ¡Qué importa si en salvo está?
GUIOM. ¡En salvo! ¿qué error te ciega?
¡Ven, ven, que tu hermano llega!
(Éntranse en el primer término derecha.)
DIEGO. (Desenvaina y se coloca delante de la puerta por

donde ha entrado Estrella.)
¡Veremos quién pasa!
(Aparecen en confuso tropel por el fondo derecha D. Alonso, los Caballeros partidarios de los Manrique y criados con armas y antorchas.)

ESCENA XV.

D. DIEGO defendiendo la puerta, D. ALONSO, seguido de los CABALLEROS y CRIADOS, y finalmente, D. PEDRO.

ALONSO. ¡Ah!
¡Diego! te daré mil muertes!
DIEGO. No estén las manos ociosas.
(Luchan. D. Diego le desarma y arroja lejos de sí la espada de D. Alonso.)
ALONSO. ¡Infierno!
DIEGO. Manos callosas,
no siempre son las más fuertes.
PEDRO. (Saliendo.) ¿En dónde está, dónde está
esa hija fementida?
DIEGO. Mi espada guarda su vida.
PEDRO. ¡Contra su padre!
DIEGO. (Rindiendo la espada é inclinándose ante D. Pedro.)
No.
ALONSO. ¡Ah!
Yo me vengaré, malvado.
DIEGO. (Con desprecio.) Pues recoged ese acero,
que mal podreis, caballero,
estando así desarmado.
ALONSO. ¡Me insultas!
DIEGO. Eso colijo;
si tal afrenta consiente
tu valor...
PEDRO. Hijo, detente,
ni tú ni yo.
ALONSO. ¡Padre!
PEDRO. ¡Hijo!
no es sólo culpable ese hombre.
ALONSO. ¡Teneis razon!
DIEGO. ¡Por mi vida!

perdió Aldonza la partida

PEDRO. Si él mancilló nuestro nombre
ella tambien.

ALONSO. ¡Tambien ella!

PEDRO. (Á Alonso y Diego.)
Retiraos á ese aposento (Segundo izquierda.)
dejadme solo.

DIEGO. ¡Qué intento
abrigais?

PEDRO. Lo ordeno.
(Éntranse D. Diego, D. Alonso, Caballeros y Criados por la segunda puerta izquierda. D. Pedro se asoma á la primera.)
¡Estrella!

ESCENA XVI.

D. PEDRO, ESTRELLA.

Estrella sale y se arroja á los piés de D. Pedro.

PEDRO. Alzad.

EST. La muerte cruel,
padre, no me infunde miedo,
sabedlo señor, no puedo,
no puedo vivir sin él.

PEDRO. Luego es verdad, es verdad,
con tus perfidias livianas
has deshonrado mis canas
y mi noble ancianidad!

EST. No, padre no, yo os lo juro;
afrenta no hay en mi amor,
es mi cariño, señor,
santo como el cielo, y puro.
¿Por qué esa altiva nobleza
cree que este amor la profana?
¿por qué reniega tirana
la ley de naturaleza?
¡Ah, señor! Dios en los dos
este vivo fuego enciende,
decidla, padre, que enmiende
las santas leyes de Dios.

PEDRO. ¡Hija! (Asombrado.)
EST. Tranquila os espero.
PEDRO. ¡Pero tu delirio es tanto!
EST. No veis que me ahoga el llanto?
PEDRO. ¡Estrella!
EST. ¡Que si le quiero!
PEDRO. (Conmovido.)
¡Estrella! ¡Estrella! el perdon
es una ventura inmensa,
¡oh! sí, sí! donde hay ofensa
puede haber reparacion.
No sé que secreto arcano
templa mi irritado encono,
no sé por qué te perdono
y el hierro cae de mi mano!
EST. (Arrojándose en sus brazos.)
¡Padre mio!
PEDRO. ¡Ay, hija mia,
qué desdichada te veo!
EST. ¿Desdichada?
PEDRO. Mi deseo
su esposa no te quería,
cedo al fin á la ley dura
que impone amor; has triunfado,
mas si el honor has salvado
has perdido la ventura.
EST. No puede ser eso, ¡no!
Padre, apartad esa idea!
PEDRO. ¡Plegue al cielo que no sea!
pero temo...
EST. Padre! oh!
Yo á su cariño me entrego,
y me fio en mi fortuna;
mi amante es de ilustre cuna.
PEDRO. De ilustre cuna es don Diego!
EST. ¿Qué dice?
PEDRO. Quiera el Señor,
pues que va á ser tu marido,
que del camino torcido
sepa apartarle tu amor.
EST. ¡Don Diego!
PEDRO. Sí.

EST. ¡Sois cruel!
¿por qué me hablais de ese hombre?
¿por qué decis ese nombre?
¡qué tengo que ver con él!
PEDRO. ¿Qué estás diciendo, hija mia?
EST. Si á don Diego no amo yo.
PEDRO. Aquí estaba.
EST. ¡¡Padre, no!!
PEDRO. ¡Estrella!
EST. ¡Vírgen María,
ten piedad de mis congojas!
¡no es él!
PEDRO. ¡Tu muerte decides!!
¡no es don Diego Benavides!
EST. ¡No, don Rodrigo de Rojas!
PEDRO. ¡Un Rojas! ¡un Rojas!
EST. Sí.
¡Yo estoy loca!
PEDRO. ¡Yo estoy ciego!
¡maldi...
EST. (Conteniéndole.) ¡Ah, no, padre!
PEDRO. (Furioso.) ¡Diego!
¡Alonso! todos aquí!
Tu sino se cumplirá,
que es por demas espantoso.
(Salen D. Diego, D. Alonso y Caballeros.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, D. DIEGO, D. ALONSO y CABALLEROS.

DIEGO. ¡Señor!
ALONSO. ¡Padre!
PEDRO. (Arrastrando á Estrella y lanzándosela á D. Diego)
¡Este es tu esposo!
DIEGO. ¡Cielos!
ALONSO. ¡Su esposo!
PEDRO. ¡Sí!
EST. (Cayendo desmayada.) ¡Ah!
PEDRO. (Á D. Alonso con energía.)

Y ahora la mano á las hojas
seguidos de nuestras lanzas,
que ahora empiezan las venganzas
de Manriques y de Rojas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de armas con panoplias, armaduras, etc., y un pilar bajo con el pendon de Castilla: por una gran puerta á la derecha, en segundo término, se distingue un magnífico salon con mesa dispuesta para un festin.—Puerta en primer término.—Dos puertas á la izquierda: la del segundo término de hierro, que conduce á un subterráneo.—Gran vestíbulo al fondo, que comunica por izquierda y derecha, cerrado por una balaustrada; en medio gran escalera practicable; por ella se baja á los jardines, que son frondosos, y de los que sólo se distinguen las copas de los árboles.—Cierra el fondo una almena baja, detrás telon de horizonte.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, sentado en un sitial junto á una mesa, triste y pensativo; FERNAN de pie á su lado.

FERNAN. Levanta, señor, la frente,
que ceder al desaliento
no es de altivos corazones
ni de varoniles pechos.

DIEGO. Para combatir al moro
sin tregua, me sobra esfuerzo;
para ver la desventura

de Estrella fuerzas no tengo.

FERNAN. Ya es tu esposa.

DIEGO. ¡Ya es mi esposa!
mira qué dichoso empleo!
ni soy dueño de su alma,
ni de su hermosura dueño.
Entre ella y yo se interpone
todo un mundo de recuerdos
y una tumba de esperanzas
y malogrados deseos.
Causa mi pasion enojo,
mi cariño inspira tédio,
mi ardor desdenes y hastío,
mi amor aborrecimiento.
¡Loco fuí!

FERNAN. Mira, señor,
que caer en tal extremo
es indigno. ¡El rey te honra!

DIEGO. Ese es mi mayor tormento:
el rey con asombro mira
de Mohamed los progresos
y sabe que la discordia
es el tizon de sus reinos.
Para combatir al árabe
el mando quita á don Pedro
Manrique, y á mí me nombra
Adelantado y Frontero.
Sus cartas he recibido,
cumplirlas hé como bueno.
El favor de don Enrique
sólo tú y yo le sabemos;
hasta que cumpla sus órdenes
guarda, Fernan, el secreto.

FERNAN. Descuida.

DIEGO. Dispone el rey,
bajo pena de severos
castigos, que den los nobles
tregua á sus rencores ciegos,
que convoque á mi castillo
á Mendozas y Pachecos,
á Carvajales y Rojas
y Manriques; y que demos

de abnegacion y heroismo
clara muestra y alto ejemplo
Por eso el festin preparo,
á Castilla nos debemos,
que quien su clamor desoye
no es noble ni caballero.
Plegue á Dios que en el festin
se acuerden de lo que fueron,
y ante el dolor de Castilla
se olviden resentimientos.
¿Viste á don Pedro Manrique?

FERNAN. Le ví.

DIEGO. ¡Qué dijo don Pedro?

FERNAN. Puesto que los Rojas van
nosotros tambien iremos.

DIEGO. No faltará don Rodrigo
si cree que en Baeza hay riesgo,
que cuando un rival le llama
será grande el fundamento.

FERNAN. Si vendrá.

DIEGO. ¡Y aquí está Estrella!

FERNAN. Señor, ¿qué tienes?

DIEGO. ¡Qué tengo!

FERNAN. ¡Algo recelas!

DIEGO. ¡Se aman!
yo la idolatro, y al fuego
de la pasion es muy fácil
que se propague el incendio.
Mas no importa. Irá mi esposa
al festin, que yo no quiero
que tras esta fiera lucha
de encontrados sentimientos
piensen que intento ocultarla
por necio temor don Pedro,
por desconfianza Estrella,
y don Rodrigo por celos.

FERNAN. Ya deben llegar muy pronto.

DIEGO. Probaré el último intento,
vete y avísame.

FERNAN. Vóime,
señor.

DIEGO. ¡Aquí Estrella, cielos!

ESCENA II.

D. DIEGO, ESTRELLA.

DIEGO. Señora, seis dias van
que vagan por vuestros ojos
nubes preñadas de enojos
sombras de inquietud y afan.
Hondos suspiros están
por vos flotando en los giros
del viento, y quiero deciros
que aún es mayor mi tormento,
pues no puedo dar al viento
mis dolorosos suspiros.
La flor, la divina flor
de mi esperanza está mustia,
y en medio de tanta angustia
enmudece mi dolor.
¡Ay! yo siento el torcedor
del desden y de los celos,
y á solas con mis desvelos
mis fieras ansias devoro
por no aumentar vuestro lloro
ni acrecentar vuestros duelos
¡Sois mia ante Dios! ¡Sois mia!
y aunque el amor me provoca
aún no libé de esa boca
la celestial ambrosía.
Yo que por ella daría
hasta mi vida futura,
al ver vuestra desventura
todos mis derechos ceden;
ved, señora, lo que pueden
la pureza y la hermosura.
EST. ¡Traidor!
DIEGO. Mi pasion fatal
ciego me dejó en mal hora;
bien sé que vos sois, señora,
la mártir, yo el criminal!
¡Pero ay! á mi error mortal
le disculpa su grandeza,

mi amor, vuestra gentileza,
vuestra virtud, vuestro duelo,
Dios volvió á crear el cielo
al formar vuestra belleza.

EST. ¡Hablais de cielo y de Dios!
¿no veis que es un nuevo insulto?
guardad ese amor oculto
que me aleja más de vos.
Una valla entre los dos
separará nuestra suerte,
tan poderosa, tan fuerte,
que para siempre divida
vuestra vida de mi vida,
vuestra muerte de mi muerte.
Y no pretendais que explique
la razon de tal empeño,
sólo por fuerza sois dueño
de doña Estrella Manrique.
Por más que á mis piés suplique
vuestro obstinado dolor,
de mí no espereis amor;
disculpa, ménos aún;
tan sólo un lazo hay comun
para entrambos, el honor.
Nunca apartaré mi huella
de honra que siempre fué mia,
no vuestra; á su boda impía
ya la llevó doña Estrella.
No he de separarme de ella
por venganza ó por pasion,
y en premio á la vil accion
de vuestro arrebato ciego,
honra pedidme, don Diego,
no me pidais corazon.

DIEGO. ¡Qué implacable pensamiento,
tanta es la desdicha mia
que con tu razon impía
acrecientas mi tormento!
¡Siempre el aborrecimiento,
no puede ser, no es posible,
no es tu desden invencible!

EST. (Señalando á la habitacion donde está preparada

la mesa.)
¡Festin prepara mi esposo!

DIEGO. ¡Advierte...

EST. ¡Festin odioso!

DIEGO. ¡Señora...

EST. ¡Festin horrible!

DIEGO. ¿Qué dices? Piensas quizás
que soy tan menguado y ruin
que celebro en un festin
tus desventuras? Jamás!
injusta conmigo estás.
De este festin que te humilla
brotará para Castilla
la eterna paz anhelada,
ó en él quedará sellada
de sus hijos la mancilla.

EST. Qué decís?

DIEGO. Dentro de poco,
dando treguas á su anhelo,
Rojas y Manriques...

EST. ¡Cielo!

DIEGO. Aquí vendrán.

EST. ¡Estais loco!

DIEGO. Del rey el poder invoco.

EST. ¡Manriques! Rojas! y vos
juntos aquí!

DIEGO. Sí por Dios!
juntos aunque no les cuadre.

EST. (Cayendo en un sitial desfallecida.)
¡La maldicion de mi padre!

DIEGO. ¡Estrella!

EST. ¡Los dos! los dos!
(Levantándose y aplicando el oido.)
¡Llegan! ¡oh! no hay duda ya!
mi corazon no se engaña;
Rodrigo lleno de saña
y rencor aquí vendrá.
¡Mi hermano! ¡mi padre! ¡ah!
aún oigo su maldicion.

DIEGO. ¡Oh! volved á la razon.
Señora, oid, atended.

FERNAN. (Anunciando.) Don Pedro Manrique.

EST. ¡Ved
si es leal mi corazon!
(Pausa. Aparecen en el fondo derecha D. Pedro y su comitiva. Estrella se sostiene inmóvil como una estátua, y de pie delante del sillon. D. Diego se adelanta.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, D. PEDRO, CABALLEROS del bando de los Manrique.

DIEGO. (Con voz grave y respetuosa.)
Señor don Pedro, orgulloso
estoy de veros llegar,
que la nobleza honra siempre
por donde quiera que va.
En hora feliz, señores,
pongais el pie en el solar,
que nunca dió paso franco
á traidor ni desleal.
PEDRO. Como quien somos cumplimos.
DIEGO. ¿Y don Alonso?
PEDRO. Vendrá.
Don Alonso nunca falta
á citas de honra.
DIEGO. Es verdad.
PEDRO. (Reparando en Estrella.)
¡Una mujer! Yo, don Diego,
he venido aquí á tratar
con hombres, no con mujeres,
¿me entendísteis?
DIEGO. Perdonad.
PEDRO. Ya lo estais. El cielo os guarde.
EST. ¡Oh Padre!
PEDRO. ¡No lo soy ya!
DIEGO. Quedaos aquí!
PEDRO. ¡No, don Diego!
DIEGO. Aquí, señor, os quedad.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, D. ALONSO.

ALONSO. (Á D. Pedro.) Señor, el triunfo es seguro;
dadme os estreche la diestra.
(Apretándole la mano.)
PEDRO. ¿Qué ocurre, Alonso?
ALONSO. Los Rojas
á este castillo se acercan.
¡Nuestros al fin, padre mio!
PEDRO. ¡Entónces me quedo!
ALONSO. (Viendo á Estrella, con ira.) ¡¡Estrella!!
DIEGO. Perdonad, noble mancebo;
tal el odio os desconcierta
que habeis sin duda olvidado
lo que el deber os ordena.
ALONSO. ¡Ved lo que decis, don Diego!
DIEGO. Ved vos que mi casa es ésta;
ved mejor que ésta es mi esposa
y ademas hermana vuestra;
y si arrebatado y ciego
al rencor soltais la rienda
ante una mujer ilustre
que aduna tan altas prendas,
¿qué hareis, don Alonso, al veros
de un Rojas en la presencia?
ALONSO. Un Rojas siempre me ofende,
y al que ofende mi nobleza
le mato donde le encuentro
sin que el lugar me detenga,
en la ciudad, en el campo,
en vuestra casa, en la iglesia.
EST. (Ap.) (Gran Dios!)
DIEGO. Aquí vienen todos
fiados en mi promesa
de que los odios sangrientos
tienen en mi casa tregua.
Yo tambien le odio, Manrique;
pero sabré daros pruebas,
pronto quizás, que mi alma

sabe despreciar ofensas
y dominar el despecho
cuando el deber se lo ordena.

ALONSO. Yo no he prometido nada.

PEDRO. Alonso, callar es fuerza;
tiempo y ocasion nos sobran
para vengar nuestra afrenta.

DIEGO. La vuestra no, la de España,
que hace seis siglos que lleva
sobre sus hombros el peso
de un oprobio y no le venga.

PEDRO. ¿Qué decis?

DIEGO. El africano,
dejando la fértil vega
que baña el Genil, avanza
con sus huestes turbulentas.
Seis siglos hace, seis siglos
que los hijos del Profeta
por los campos españoles
el verde estandarte ondean.
¡Seis siglos el castellano
llena de asombro á la tierra
con su valor, su arrogancia
y sus heróicas proezas.
¿Por qué marchitais vosotros
con esos odios que infestan
nuestras familias, los lauros
generosos de la guerra?
Verted la sangre ardorosa
en las marciales contiendas,
mas luchando contra el moro,
que está codicioso de ella.
Cuando el infiel amenaza
las murallas de Baeza,
teneis las espadas nobles,
teneis las robustas diestras,
para los cristianos prontas,
para los árabes quietas!
¿Cómo no os inflama el rostro
el carmin de la vergüenza?
Sepultad dentro del pecho
esas discordias funestas,

dad para siempre al olvido
esas venganzas sangrientas,
y que Manriques y Rojas,
llevando la cruz por lema,
y el nombre excelso y glorioso
de Castilla por bandera,
eleven sobre las torres
que en el Darro se reflejan,
el símbolo sacrosanto
de la redencion eterna.
Á tal empresa os convoco,
decid si hay más noble empresa.

PEDRO. Yo unirme á un Rojas!

ALONSO. No, nunca!
menguado si tal hiciera!

DIEGO. (Con dolor.) ¡Ah!

FERNAN. (Anunciando.) Don Rodrigo de Rojas.

EST. ¡Cielos!

PEDRO y ALONSO. (Echando mano á la espada.)
¡Oh!

DIEGO. (Á D. Alonso con entereza.)
¡Quieto!
(Á D. Pedro con severidad.) ¡Prudencia!

ESCENA V.

LOS MISMOS, D. RODRIGO, JIMEN, CABALLEROS del bando de los Rojas.

DIEGO. Pláceme ver en mi casa,
que ya desde hoy es la vuestra,
á don Rodrigo de Rojas,
terror del moro en la guerra.
Vuestra mano.
(Don Rodrigo la rechaza.)
¡Oh! á lo ménos,
permitid que á la presencia
os conduzca de mi esposa.

EST. (Ap.) (¡Dios mio!)

ROD. (Ap.) (¡La ira me ciega!)

DIEGO. Son deberes cortesanos
en vos.

ROD. ¡Oh!

DIEGO. ¡Y en mi! y en ella.

(Toma de la mano ceremoniosamente á D. Rodrigo y le lleva á la presencia de Estrella.)

Os presento á don Rodrigo
de Rojas.

(Estrella y D. Rodrigo se saludan cada uno con una levísima inclinacion. Estrella, vacilante, se apoya en el respaldo del sitial.)

EST. (Ap.) (¡Me faltan fuerzas!)

(D. Diego sostiene á Estrella con la mirada. Don Alonso, al lado de D. Pedro, que está al frente de sus parciales, observa. D. Rodrigo, despues de haber saludado, se acerca á Jimen.)

ROD. (Ap. á Jimen.) (¡Jimen!

JIMEN. Señor...

ROD. ¿Y los moros?

JIMEN. Escondidos en la selva
y todos apercibidos
para cuando hagais la seña.

ROD. Pues bien, si oyes mi bocina
que caigan sobre Baeza.
Ten la llave! (Dále disimuladamente una llave.)

JIMEN. Y la honra?

ROD. El odio
que el corazon me envenena.) (Váse Jimen.)

ALONSO. (Ap. á D. Pedro.) (Señor, el alma me dice
que la traicion está alerta;
ya que las traiciones luchan
no quiero que me sorprendan.) (Váse.)

ESCENA VI.

ESTRELLA, D. DIEGO, D. RODRIGO, D. PEDRO, CABALLEROS parciales de los Rojas y de los Manrique.

DIEGO. (Colocándose en medio y con forzada alegría.)

Del jardin la verde alfombra
con pie fugitivo huella
la brisa suave y tranquila
de la mañana risueña.
Juglares tengo dispuestos

en bosques y en alamedas,
que para entonar cantares
sonoras cítaras templan.
Yo bien sé que es don Rodrigo
muy dado á la gaya ciencia,
tanto que á Clemencia Isaura
y á Arnaldo Vidal supera.
Mientras todos se reunen
y da principio la fiesta,
¿quereis que al viento pidamos
las notas de alguna endecha?

ROD. Mientras alienten traidores
que en las sombras se recelan,
que de la astucia se valen
y abusan de la flaqueza.
Mientras haya pechos viles
no tiene la gaya ciencia
que demandar sus acordes
y notas al aura inquieta.
Trovas puedo recitaros
tan armoniosas y bellas,
que os han de hacer, Benavides,
estremecer.

DIEGO. ¿Nuevas?

ROD. Nuevas

DIEGO. ¿De amor?

ROD. De amor.

DIDGO. Vuestras.

ROD. Sí.

DIEGO. Rojas, oirlas quisiera.

ROD. Sí os empeñais?...

DIEGO. Tengo empeño.

ROD. Si os empeñais... ¡norabuena!

DIEGO. Venid, señores.

EST. (Suplicante.) Señor!
ved...

DIEGO. ¡Silencio, doña Estrella!
(Á todos.) Venid á oir esa trova
de amor que diz que es extrema.
Comenzad, pues. (Á D. Rodrigo.)

ROD. Mi memoria
no me es infiel.

DIEGO. ¡Si lo fuera!...
ROD. Es historia verdadera.
DIEGO. ¿Conque no es cuento?
ROD. Es historia.
DIEGO. Ya esperamos.
ROD. Advertid
que hay en ella villanía
y traicion.
DIEGO. ¿De quién?
ROD. No mia,
ya lo vereis.
DIEGO. Bien, decid.
ROD. Galana y pudorosa
como el primer capullo
de la primera flor,
era una dama hermosa
encanto y noble orgullo
del paternal amor.
Un dia la doncella
juraba por su nombre
amar siempre á un doncel,
en tanto que su huella
tenaz seguía un hombre.
(Mirando á D. Diego.)
¿Sabeis quién era él?
(D. Pedro empuña, D. Diego le detiene.)
La noche que avanzaba
tendía el denso velo
cubriendo la traicion
de un hombre que forzaba
con ánsia y torpe anhelo
las puertas de un salon.
Y en tanto la doncella
de amores delirante
cual nunca hermosa y fiel,
juraba ser la estrella
de su amador constante.
(Mirando á D. Diego.)
¿Sabeis quién era él?
PEDRO. (Desenvainando.) ¡Insolente! tu traicion
no presumas que me asombre,
voy á grabarte su nombre

en mitad del corazon.

EST. ¡Oh padre! ¡padre!

ROD. (Desenvainando.) ¡Mi acero
vengará tu tiranía!

EST. ¡Don Rodrigo!

ROD. ¡Estrella es mia!
Es mia!

(Los Caballeros de ambos partidos desenvainan las espadas, D. Diego se interpone vivamente.)

DIEGO. (Desarrollando un pergamino.)
¡Paso al Frontero!

ROD. ¡Don Diego!

DIEGO. Aquí no hay mas ley
que la ley del soberano,
maldito sea y villano
quien no se humille ante el rey.

PEDRO. ¡Vos, Benavides!

DIEGO. (Mostrándole el pergamino.) ¡Sí, yo!
yo, Frontero por su alteza,
el dueño soy de Baeza.
¡Todos fuera! Rojas no.

(Vánse. D. Pedro al partir lanza una mirada de odio á D. Rodrigo, que le corresponde con otra.)

ESCENA VII.

D. DIEGO, D. RODRIGO.

ROD. ¡Solos estamos al fin!

DIEGO. Respondedme, ¿qué castigo
debo imponer, don Rodrigo,
á accion tan menguada y ruin?

ROD. Yo tengo espada.

DIEGO. ¡Si el rey
no sujetára la mia,
vive Dios que ya estaría
tinta en vuestra sangre.

ROD. ¡Hay ley
que domine esta ansiedad
de venganza?

DIEGO. Estadme atento.

ROD. Mas...

DIEGO. Escuchad un momento.
ROD. Benavides!
DIEGO. ¡Escuchad!
(Leyendo el pergamino.)
«Á vos, Benavides, Frontero en Baeza,
»mis cartas vos mando con plomo é blason,
»ya finca en mancilla Castiella é Leon
»por fechos indignos de la su nobleza.
»Corrido há en mis regnos el moro grant pieza
»y sin remembranza de lit nin sennal,
»mas cuando vos riñe batalla campal
»captivos me prende con grant gentileza.
»Mandad á esos nobles que cesen rencores,
»con vos ayuntadlos aquestas vegadas,
»si non son volientes, dejad cercenadas
»rebeldes cabezas que son de traidores.
»Por estos mis signos ansí valedores,
»Frontero en Baeza vos nombra mi ley,
»aguardan respuesta los mis corredores,
»prestadla complida, Frontero.—Yo el Rey.»
(Arrolla el pergamino y se lo guarda.)
Yo represento aquí al rey,
y al convoçaros aquí
no hay más pensamiento en mí
que la obediencia á su ley.
ROD. Feliz ha sido el azar
para vos y lisonjero;
¡válate Dios por Frontero,
qué cosas hace olvidar!
DIEGO. (Con calma.)
¡No os comprendo, don Rodrigo!
ROD. ¡Oh!
DIEGO. Si mi honor castellano
no encadenase mi mano
delante del enemigo;
si el sagrado mandamiento
del rey no me sujetára
y arrebatarme dejára
por mi airado pensamiento,
nunca lo dudeis, me viérais,
para curar mi honra herida,
arrancaros no una vida,

cien mil vidas que tuviéraís.
¡Pero tal es mi destino!
Ese deber importuno
he de cumplir, y no hay uno
que me ataje en mi camino.
Eso hace que se decida
en vuestro favor la suerte;
yo deseo vuestra muerte
y el rey quiere vuestra vida.
Es fuerza; la lid sangrienta
contra el moro, nos aguarda;
la causa propia es bastarda
ante la comun afrenta.

ROD. Mas cuentas de honor tenemos,
y el honor es un tesoro.

DIEGO. ¡Venzamos primero al moro,
despues las ajustaremos!

ROD. Presumís que entre los dos
quedará alguna pendiente?

DIEGO. Sí estoy yo tan impaciente
como vos, aún más que vos.
¡Ah! si al fin de la jornada
libro de Baeza el muro,
no quedará, yo os lo juro,
quieta en mi mano la espada.
Rayo será sobrehumano
contra quien mi honra atropella,
y nadie la arranca de ella
á no cortarme la mano. (Transicion.)
Os teneis que decidir
al punto y sin vacilar
contra el árabe lidiar
con nosotros.
(Abriendo la puerta de hierro del segundo término izquierda.)
Ó morir.

ROD. Benavides el Frontero
por el rey Adelantado,
¡yo en esa tumba enterrado
y os preciais de caballero!

REGO. El rey así lo ordenó.

ROD. Bien su mandato cumplís.

DIEGO. Terminemos ya; venís
al campo?

ROD. Mil veces no.

DIEGO. Pues bien, tu deslealtad
es tu mayor enemigo;
perdido estás, don Rodrigo.
¡Ah de mi guardia!
(Aparecen en el fondo Fernan y soldados.)
Llegad.
Prendedle.
(Los soldados desarman á D. Rodrigo y se apoderan de él.)

ROD. Y así se infama
un noble! escucha y no olvides
mis palabras, Benavides,
muero, pero Estrella me ama.
(Los soldados encierran á D. Rodrigo en el subterráneo. D. Diego queda dolorosamente impresionado. Fernan cierra la puerta y entrega la llave á D. Diego. Vánse Fernan y los soldados.)

ESCENA VIII.

D. DIEGO.

¡Muere pues! tu frenesí
al rey y á mi honor desdora;
cumplí mi deber; ahora
que Dios se apiade de tí!
Pronto borraré tu huella
del mundo; nadie podrá
salvarte.

ESCENA IX.

D. DIEGO, ESTRELLA.

EST. ¡Sí!

DIEGO. ¿Quién?

EST. ¡Yo!

DIEGO. ¡Ah!

EST. Yo, don Diego.

DIEGO. ¡Vos, Estrella!
¿Á tal osa vuestro amor?
EST. No por mi amor, por don Diego
Benavides, ¿estais ciego
para faltar al honor?
DIEGO. ¡Ah, qué decís!
EST. Qué es perfidia
así tratar á un rival.
DIECO. ¡Estrella!
EST. Y que dais señal
de temor, celos ó envidia.
Sois noble, sois castellano,
id al combate animoso,
matada un rival odioso
cara á cara y mano á mano;
pero con alevosía
dar espacio á la traicion;
hacer la noble mansion
lúgubre cárcel sombría.
Y lleno de odio mezquino,
indigno del caballero,
trocar el glorioso acero
por el puñal asesino.
¡Un castellano! ¡oh mancilla!
no comete tal doblez,
ni aun el que ha visto una vez
el claro sol de Castilla.
DIEGO. ¡Estrella!
EST. Jurad por Dios
que á Rodrigo habeis vencido.
DIEGO. La libertad le he ofrecido.
EST. ¡Él nada quiere de vos!
DIEGO. ¿Qué me pedis? ¿qué he de hacer?
EST. Señor, que os pido? hidalguía,
con sombra de felonía
mi esposo no podeis ser.
Él es dueño de mi amor,
pero en estas rudas lides
del alma, vos, Benavides,
sois custodio de mi honor.
No por mi pasion fatal
temais baldon ó mancilla

en vos; pura mi honra brilla
como la luz y el cristal.
Y pues por órden de Dios
la honra de ambos se asegura,
si yo la conservo pura
no vais á mancharla vos.

DIEGO. ¿Mi fiera lucha no ves?

EST. Oh, por no veros villano
besaré humilde esa mano
que me mata á vuestros piés.
(Arrójase á sus piés.)

DIEGO. ¡Estrella! ¡Díos poderoso!
vos á mis piés, ¿qué intentais?

EST. Ah don Diego, si me amais,
sed grande, sed generoso.

DIEGO. Alza ¡qué valen sus penas!
¿qué le importa su prision?
preso está en tu corazon
con dulcisímas cadenas.
¿Hay muerte que cause espanto
si en ese recinto estrecho
van á calmar su quebranto
los suspiros de tu pecho
y de tus ojos el llanto?
Venturoso don Rodrigo
que sabe que su dolor,
su desventura, su amor,
todo lo parte contigo!

EST. (Conmovida.) ¡Ah don Diego!

DIEGO. (Reflexivo.) ¡Cruel fuí!
no por deber, por despecho:
¡tiene Castilla derecho,
á este sacrificio? ¡sí!
¡Lo dije! no me amedrenta,
mi deber no me acobarda!
la causa propia es bastarda
ante la comun afrenta!
Y si cede el enemigo
sólo un paso ante su acero,
Castilla y rey son primero;
libre quede don Rodrigo!

EST. (Más conmovida.) ¡Señor! vuestro corazon

es grande!

DIEGO. Pero no olvides
que don Diego Benavides
impone una condicion.

EST. ¡Cuál es!

DIEGO. La espada blandir,
ir contra el moro á lidiar,
y si no puede triunfar
que combata hasta morir.

EST. ¡Yo os lo fio!
(Viendo que D. Diego queda sombrío y se pasa la mano por la frente.)
¡Dudais!

DIEGO. ¡Oh!

EST. Yo le haré seguir la huella
del honor.

DIEGO. ¡¡Estrella, Estrella!!

EST. (Con altivez.) Me juzgais infame?

DIEGO. ¡No!
La prueba es terrible, ruda;
pero mi alma la soporta
por vos. Libre está! qué importa!
vuestro inmenso honor le escuda.
(Dándola la llave.)
Tomad y abrid el cancel;
ved qué amor tan ejemplar,
que pudiéndole matar
me dejo matar por él. (Váse.)

EST. (Sola.) ¡Y se marcha! oh qué nobleza!
don Diego, esposo, señor!
(Con energia.)
Al honor paga el honor,
la grandeza á la grandeza!

ESCENA X.

ESTRELLA D. RODRIGO.

EST. (Abriendo la puerta del segundo término izquierda.)
Ya estais libre, don Rodrigo.

ROD. (Saliendo.) ¿Quién de esta prision mortal

me saca? (Viendo á Estrella.) ¡Ángel celestial!
¡tú á mi lado! yo contigo!

EST. (Conteniéndole.) Don Rodrigo, libre os veis
cuando pensabais morir.

ROD. ¡Estrella!

EST. Vais á cumplir
la obligacion que teneis.

ROD. ¿En dónde hay prueba mayor!
tú eres mi libertadora;
bendita la que atesora
tal firmeza y tanto amor.

EST. ¡Amor!

ROD. ¿Pues no soy tu amante?

EST. Mi corazon es de nieve,
ese amor fué sombra leve,
una ráfaga, un instante!

ROD. ¡Calla! delirando estás.
Vas á huir conmigo.

EST. Que huya!

ROD. Eres mia, mia!

EST. ¡Suya!
¡nunca!

ROD. ¿Nunca?

EST. No, jamás!

ROD. ¡Hay más loco frenesí!

EST. Vos me quereis deshonrada?

ROD. Por qué de esa tumba helada
me sacas? responde, dí;
de comprenderte no acabo,
¿qué te debo, fementida?

EST. ¡La vida!

ROD. ¡Si eres mi vida!

EST. La libertad!

ROD. ¡Soy tu esclavo!
¿cómo intentas sin piedad
así rendir mi albedrío,
si eres tú sólo, bien mio,
mi vida y mi libertad?

EST. No lo soy; bien sabe Dios
que con pasion os he amado,
pero ¡ay! un deber sagrado
se interpone entre los dos.

Olvidad á esta mujer
que ese amante acento escucha,
y que ni siquiera lucha
entre el amor y el deber

ROD. No alberga tu corazon
sentimiento tan impío,
cuando por tu amor es mio
ese deber es traicion.

EST. Ante el ara del altar
á un hombre leal juré,
si no amor, eterna fe,
no la puedo quebrantar.
Rodrigo, el que no perdona
ni olvida no es bien nacido;
un blason es el olvido
y el perdon una corona!

ROD. Ese consorcio es nefando!
Dios que las conciencias mira
no consagra la mentira!

EST. ¡Callad, estais blasfemando!

ROD. Es la cólera, el despecho,
tu amor que veo perdido,
es el odio comprimido
que no me cabe en el pecho!
Lazos viles y traidores
te tendieron, ¡desdichada!
sin respetar la sagrada
religion de tus amores.
¿Dónde estuvo la lealtad
del que sin mirar tu daño,
por sorpresa y con engaño
robó tu felicidad?
¡Han hollado mi blason,
han ajado mi nobleza,
me han lanzado de Baeza,
me roban tu corazon!
¡Y tú pretendes que olvide,
que tanto agravio perdone,
que amándote te abandone!
¿eso es lo que tu honra pide?
pues bien, no, mi corazon
luchará en constante lidia,

perfidia contra perfidia
y traicion contra traicion!

EST. Vos perfidia y mala fe!
y á la traicion dar abrigo!
si tal haceis, don Rodrigo,
yo os lo juro, os odiaré!
La lucha tiene empeñada
el castellano decoro,
(Tomando una espada de la panoplia y dándosela.)
id á lidiar contra el moro,
tomad, Rodrigo, una espada!

ROD. (Cogiéndola frenético.)
¡Insensata! armas mi mano
cuando el vértigo que siento
es más rudo y turbulento
que el indomable oceano! (Blandiéndola.)
¡Ruge embravecido mar,
que por mi diestra empuñada
ya sólo sirve esta espada
para morir ó matar!

EST. (Aterrada.) ¡Cielo!

ROD. ¡Rayo que destruya
su vileza y tu falsía!
¡ó su existencia ó la mia!

ALONSO. (Saliendo por el fondo con la espada desenvainada.)
¡La tuya! Rojas, la tuya!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. ALONSO.

ROD. ¡Manrique!

EST. ¡Mi hermano!

ALONSO. Yo!
(Óyense rumores confusos.)

ROD. Á qué viene mi enemigo?

ALONSO. ¡Vengo á matarte, Rodrigo!
(Señalando una ventana.)
¡Mira!

ROD. ¡Mis parciales!

EST. (Á su hermano.) ¡Oh,
por piedad!

ALONSO. ¡Y hay quién suplique!
ROD. ¡Que los cielos se derrumben!
son los Rojas que sucumben...
ALONSO. (Con encono.) Á manos de los Manrique!
ROD. ¡Maldicion! (Con voz de trueno.)
EST. (Suplicante.) ¡Rodrigo!
ROD. (Abriéndose paso hasta colocarse en la puerta del fondo.)
¡Plaza!
ALONSO. Tú restas sólo!
ROD. ¡Yo sólo!
pues bien, por tu infame dolo
¡voy á acabar con tu raza!
¡Vileza contra vileza!
contadas están tus horas.
(Aplica la bocina á los labios y toca.)
¡Aquí de las huestes moras!
¡Mohamed! tuya es Baeza!
(Lánzase al jardin. D. Alonso va á seguirle, pero se detiene al oir repentinamente el toque morisco de añafiles, tambores y atabales.)

ESCENA XII.

ESTRELLA, D. ALONSO, despues D. DIEGO, luégo D. PEDRO, y últimamente FERNAN.

EST. ¡Ah infame! ¡Alonso!
ALONSO. ¡Villano!
qué sucede? qué rumor?
EST. ¡Mátale, que es un traidor!
ALONSO. Estrella!
EST. Mátale, hermano!
DIEGO. ¡Qué es esto! (Saliendo.)
EST. (Á D. Diego.) ¡Empuñad la espada!
¡coronad la fortaleza!
ya viene sobre Baeza
el rey moro de Granada!
¡Aquí, cristianos, aquí!
¡que es vano su torpe alarde!
Veremos si ese cobarde

osa pasar sobre mí!

DIEGO. ¡Estrella!

PEDRO. (Saliendo.) Hijo mio.

ALONSO. (Llevándole á la ventana.) ¡Ved!

PEDRO. ¡Qué horror!

ALONSO. ¡Muertos á mis manos!

FERNAN. (Saliendo con acompañamiento de caballeros cristianos.)
¡El moro! al arma, cristianos!

PEDRO. (Retirando la vista horrorizado.)
¡Desdichado!

DIEGO. ¡Mohamed!

FERNAN. En rudo tropel avanza.

ALONSO. (Á D. Pedro.) ¡Mi rencor he satisfecho!

PEDRO. ¡Desventurado, qué has hecho!
la deshonra!

ALONSO. ¡La venganza!
(Óyese más cerca el alhalí de los moros.)

DIEGO. ¡Á mi lado los leales!
de los fieros invasores
ya se escuchan los tambores,
añafiles y atabales!
(Enarbolando el pendon de Castilla.)
¡Mírad! en mi diestra brilla
el signo de la victoria!
emblema de nuestra gloria
y Lábaro de Castilla!
Yo le alzaré con fiereza
aun sobre el último escombro,
que hoy va á ser del mundo asombro

EL FRONTERO DE BAEZA.
(Levanta el pendon, y síguenle los nobles dando entusiasmados un poderoso grito de guerra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Esplanada al frente del castillo: al fondo camino encerrado entre almenas que por un arco da entrada á la esplanada y que tuerce á la derecha. El arco está coronado por una torre mocha en donde hay un ballestero desde la escena cuarta. Gran castillo, al fondo izquierda, con foso, escarpa, contraescarpa y puente levadizo que está bajado todo el acto.—El resto de la escena está cerrado con almenas, á las que se sube por dos ó tres escalones y que se cortan del primero al segundo término derecha, formando otro camino almenado que se pierde entre bastidores. Bancos de piedra.—Telon de selva clara con intervalos de horizonte. Puede entonarse la escena poniendo detrás de las almenas, pero dejando siempre trecho al camino, montaña, cascada, torrente ó puente.—Á la derecha, detrás de las almenas, árboles.—Empieza el acto momentos ántes de amanecer.—La luna está en su ocaso.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, FORTUN.

Nuño aparece sentado en un banco y dormido; Fortun limpiando una espada.

FORTUN. ¡Buena brega! Está la espada
roja de la punta al puño;
el Frontero cuando hiere

tiene buen ojo y buen pulso.

NUÑO. (Soñando.) ¡Voto á Cristo! ¡Date, perro!
ríndete.

FORTUN. Segun barrunto
está soñando con moros.

NUÑO. ¡Bravo, firme, pie seguro,
¡al rastrillo! ¡á las almenas!

FORTUN. ¡Ah buen alcaide! ¡ah buen Nuño!
pase por luchar despierto,
pero dormido, abrenuncio!

NUÑO. (Despertándose.)
¿Qué es esto? ¿dónde me hallo?
¡Válate Dios trino y uno!
¡por mi ánima! oir creía
de esos perros el tumulto!
¡Mal despertar!

FORTUN. Mal dormir
digo yo.

NUÑO. ¿Qué?

FORTUN. Lo presumo,
porque te ví revolverte
y bregar fiero y sañudo.

NUÑO. ¡Mala peste contra todos
y el malsin que aquí los trujo,
si cayera entre mis garras
arrojárale del muro.
¡Bien escarmentados van!

FORTUN. ¿Y si tornasen?

NUÑO. Yo juzgo
que si tornan á Baeza
es Baeza su sepulcro.
Tal Frontero la defiende!
no he visto brazo más duro
que el de don Diego, sus ojos
brillaban como carbunclos,
rayos lanzaba su acero,
y cuando el brazo robusto
alzaba el fiero mandoble,
petos rompiendo y escudos,
larga cosecha enviaba
al infierno de difuntos.
¡Bravo capitan!

FORTUN. ¡Bizarro!
NUÑO. Es generoso y es justo,
caballero como pocos,
valiente como ninguno;
cuando en la lid acomete,
á su frenético impulso
en aquel brazo de roble
la lanza parece un junco.
FORTUN. ¡Lástima que agüe el contento
su mujer!
NUÑO. Fortun; da punto
á tus faenas, y calla;
azares son, y en el mundo
á no ser por los azares
nadie viviría á gusto.
FORTUN. ¿Tú los has visto?
NUÑO. Yo, y todo.
Tres venablos uno á uno
fueron su cuerpo rozando,
mas del bosque en lo profundo
desaparecieron y...
callar es lo más seguro.
FORTUN. Ya va á amanecer.
NUÑO. La luna,
al matutino crepúsculo
no tardará en ocultarse
por el horizonte oscuro.
FORTUN. ¡Quén sabe si el sol verá
nuestra muerte!
NUÑO. ¡Ó nuestro triunfo!

ESCENA II.

NUÑO, FORTUN, D. DIEGO.

DIEGO. (Á Nuño.) Alcaide Nuño Carrillo;
veinte y cinco ballesteros
que vigilen los senderos
que conducen al castillo.
Sesenta hombres de coraje
por fuera de la esplanada,
y que guarde una mesnada

la torre del homenaje.
Que vaya Martin Garrido
con la gente que proponga,
y que los escuchas ponga
pegado en tierra el oido.
Salga el alférez Guillen
con diez y siete caballos
bien enfundados los callos
al camino de Jaen.
Si observa alguna algarada
de moros, á rienda suelta
que dé á Baeza la vuelta
sin empeñar la jornada.
Y si alguno se avecina
por camino, senda ó trocha,
que desde la torre mocha
avisen con la bocina.
(Nuño saluda y váse. Á Fortun.)
Las mujeres á su vez
dejando ruecas y lanas,
lleven á las barbacanas
azufre, resina y pez.
Y si torna el moro ciego
á acometer á Baeza,
caiga sobre su cabeza
lluvia de sangre y de fuego.
Fortun, la empresa es gloriosa,
siendo yo el Adelantado
no habrá pecho desmayado
ni mano inútil ni ociosa.
Queda á cargo de los dos
guardar aquí mi decoro,
yo entretanto salgo al moro
con el amparo de Dios.
(Fortun saluda y váse. D. Diego vacilante se sienta en un banco de piedra.)

ESCENA III.

D. DIEGO.

¡No me puedo sostener!

un fiero dolor me asalta!
¡ay! todavía me falta
mi corazon que vencer.
Y aunque lucho con teson
no es bastante mi entereza,
que me rinde la flaqueza
de mi propio corazon.
Nunca capaz, don Rodrigo,
te creí de accion tan doble;
¡mi Estrella! ¡mi esposa noble
en poder de mi enemigo! (Pausa.)
Yo salvé la honra del rey
y la gloria de Castilla
á costa de mi mancilla;
¿y esto es razon? ¿y esto es ley?
¿Mi honor queda hecho pedazos
al par que el triunfo consigo? (Con furia.)
¡En dónde estás, don Rodrigo,
que no te ahogan mis brazos!
¿Qué oculto rincon te encierra
que en vano, en vano os busqué?
(Creciendo el arrebato.)
¡Pero yo te encontraré
aunque te trague la tierra!
Y si pura mi honra brilla
de mi odio rompiendo el dique
¡que me importa, don Enrique!
¡ni que me importa, Castilla!
(Volviendo de su arrebato.)
¡Don Diego! Mil veces no,
ántes que todo la ley,
ántes que mi honor el rey,
ántes Castilla que yo! (Con sentimiento.)
Por esta senda de abrojos,
señor Dios, mis pasos guía,
ya deshecha el alma mia
brota en llanto por mis ojos.
Que es tan duro mi quebranto,
mi destino tan impío,
que no fuera hombre, Dios mio,
si pudiera ahogar mi llanto.
Lenitivo al dolor sea

del deber á que me inmolo;
pero ¡solo! ¡solo! ¡solo!
donde ninguno me vea! (Entregándose al dolor.)
¡Y vivo! ¡y sin ella estoy!
¡oh desventuras impías!
(Óyese ruido: cambiando repentinamente de tono.)
¡Vienen! ¡ah! Lágrimas mias,
adentro! ¡El Frontero soy!

ESCENA IV.

D. DIEGO, D. PEDRO, D. ALONSO.

PEDRO. (Seguido de D. Alonso y en actitud fiera y amenazadora.)
¡Por Cristo! ¿con tal sosiego
en el castillo os estais?
¿así el deber olvidais?
hablad, responded, don Diego.

ALONSO. Á no verlo, ¡vive Dios!
no lo pudiera creer;
¡os roban vuestra mujer
y no vais por ella vos!

PEDRO. ¿No teneis doscientas lanzas
que esparcir sobre la tierra,
ó es que aún el eco os aterra
de rencores y venganzas?

ALONSO. ¿No es vuestra mujer al fin?

PEDRO. ¿No es mi sangre? ¡ah! no lo olvides!

ALONSO. ¿Y vos sois un Benavides?

PEDRO. ¡El hijo de don Martin!

DIEGO. ¿Y por dónde echásteis cuentas
que da el rey doscientas lanzas,
para lograr mis venganzas
y castigar mis afrentas?

PEDRO. Quien no anhela defender
siempre su honra, se denigra.

DIEGO. ¡Quién os dice que peligra?

ALONSO. La infame traicion de ayer.
Don Rodrigo, en el fragor
del combate, os la ha robado.

DIEGO. ¡Indignos! ¡habeis pensado
que ella faltará al honor!

ALONSO. La traicion es poderosa.
PEDRO. Sucumbirá á la violencia.
DIEGO. Sucumbirá á la insistencia
de vuestra pasion odiosa
Rodrigo, y sucumbirá
de Rojas toda la raza
al golpe que le amenaza
por vuestros enconos; ¡ah!
Y sucumbireis los dos
tenaces en el pecado,
al rayo fiero y airado
de la cólera de Dios.
Yo sucumbiré quizás
á mi suerte desdichada;
¡pero la mujer honrada!
pero mi Estrella! jamás!
PEDRO y ALONSO. ¡Benavides!
DIEGO. ¡Insensatos!
yo sé lo que á mi honra debo;
vos sois viejo, vos mancebo
para tales arrebatos.
PEDRO. Estrella le tuvo amor!
ALONSO. Rodrigo su amante fué!
DIEGO. Luégo, traidor á su fe
y á su pátria y rey traidor.
Mirad si Estrella podrá
olvidarse de tal modo;
el fuego no arde en el lodo,
el suyo se apagará.
PEDRO. Su vida está amenazada.
DIEGO. Ántes que esa, hay otra vida;
si la de Estrella es querida,
la de Castilla es sagrada.
ALONSO. Vanas palabras dejemos,
y nuestra la causa hagamos,
como quien somos cumplamos;
nosotros nos vengaremos.
(Se disponen á salir.)
DIEGO. ¿Dónde vais?
ALONSO. Á reunir
nuestra gente, y dar castigo
al traidor de don Rodrigo.

DIEGO. De aquí no podeis salir.
PEDRO. Ya que así vuestro decoro
dais al olvido, más vale
que nosotros...
DIEGO. Nadie sale
sino á lidiar contra el moro.
PEDRO. ¡Tal pretendeis!
DIEGO. Es lo cierto,
y os juro que así ha de ser,
si os negais á obedecer
mis mandatos; os advierto
que el decreto de su alteza
se cumple sin vacilar,
y que os mando degollar
en la plaza de Baeza.
ALONSO. ¡Vive Cristo!
PEDRO. Mal que os pese
por tal rigor no me arredro.
DIEGO. Pues si un paso dais, don Pedro,
lo vereis. (Tumulto fuera.)
¿Qué ruido es ese?
ALONSO. Los nuestros, que jueces son
de su honra!
PEDRO. ¡Limpia y preclara!
DIEGO. Pues ha de costaros cara
esa indigna rebelion.
ALONSO. ¡Ah!
DIEGO. ¡Ballesteros! ¡á mí!
(Sale un peloton de ballesteros armados y preparan las ballestas.)
Tended el arco certero
y asaetead al primero
que intente salir de aquí.
(D. Pedro y D. Alonso se contienen. Sale Fernan.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, FERNAN.

FERNAN. Señor, la paciencia falta
y habeis de poner remedio.
DIEGO. ¿Qué es eso, Fernan?

FERNAN. Que ruge
encolerizado el pueblo.
DIEGO. ¿Y por qué?
FERNAN. ¿Por qué decís?
Los villanos, los pecheros,
todos los que peinan barbas,
todos los que empuñan hierro,
anhelan ir contra el moro
guiados por el Frontero;
dad lugar á su entusiasmo;
aprovechad el esfuerzo
que todos muestran, y todos
vamos contra el agareno
ántes que de Rus y de Ibros
lleguen tropas de refresco.
DIEGO. ¿Eso desean, Fernan?
(Á D. Pedro y D. Alonso.)
Señores, lo estais oyendo. (Á Fernan.)
Aunque mi deseo es ese,
no es de todos el deseo,
que hay quien antepone agravios
de la ley al cumplimiento.
FERNAN. ¡Válate Dios! qué malsines
y felones siempre fueron
los que por los propios gustos
procuran daños agenos.
Bien me está mi villanía
y el saco burdo y grosero
y la sandalia de suela
y el birrete mondo y terso,
y no el perpunte de raso,
y no el zapato de cuero,
y no la engallada pluma
si he de ser como son ellos.
Donde se tiende la vista
se ven los campos desiertos,
de la vid y del olivo
el fruto quemado y seco.
Las cabañas destruidas,
á saco entrados los pueblos,
sangre vertida á torrentes,
hierro al brazo, al cuello hierro.

¿Y por qué? Porque unos cuantos
rencorosos y soberbios
en pró de sus bienandanzas
quieren destrozar el reino.
Codician fortunas, mandos
y preeminencias y fueros,
y á la voluntad de pocos
los muchos quedan sujetos.
En tanto el moro adelanta
y á Baeza pone cerco,
mientras los que ser debieran
amigos no quieren serlo.
¡Guay, no se levante airado
el leon, y en su esperezo
espante á la fiera turba
de esos lobos carniceros!
¡Guay si en la propia defensa
iracundo se alza el pueblo
y empuña con fuerte mano
horquillas, hoces y bieldos.
Que si por suerte adivina
que ya no hay otro remedio,
hará que muerdan la tierra
los viles aventureros!

DIEGO. No será mientras aliente
el valor en nuestros pechos,
y mientras se halle Baeza
bajo el poder de don Diego.
(Á D. Pedro y D. Alonso.)
Reunid vuestras mesnadas;
id, don Alonso, id, don Pedro,
que si Estrella es vuestra hija
comun el honor tenemos,
y no ha de faltarle un punto.

PEDRO. Lo prometeis?

DIEGO. Lo prometo.

PEDRO. ¿Nos lo jurais?

DIEGO. (Extendiendo la mano.) Os lo juro.

PEDRO. Vamos pues! (Á D. Alonso.)

DIEGO. (Dando la mano á D. Pedro.)
Gracias, don Pedro.

(Vánse D. Pedro, D. Alonso y los ballesteros.)

ESCENA VI.

D. DIEGO, FERNAN.

DIEGO. ¿Qué es de Estrella?
FERNAN. No lo sé:
Ortuño de aquí salió
en su busca, mas tornó
don Diego como se fué.
DIEGO. (Con amargura.) ¡Noticias no trajo Ortuño!
FERNAN. Pero mi afan no desmaya!
DIEGO. ¿Quién le vió?
FERNAN. De la atalaya
sobre un corcel le vió Nuño
que partía como un rayo
buscando la selva espesa,
llevándola en brazos, presa
de un poderoso desmayo.
DIEGO. ¿Y se estuvo quieto?
FERNAN. No:
la ballesta al punto asiendo
mientras él iba corriendo
tres venablos le tiró!
Tal no llega, tal rebasa,
faltóle mano certera.
DIEGO. Faltóle la rabia fiera
que mi corazon abrasa.
Si contra él la saña mia
los lanzára, ¡por el diablo!
flecha, bohordo ó venablo
juro que no faltaría.
FERNAN. ¡Que no alcanzára al traidor!
DIEGO. (Con tristeza.) Su traicion fué mi esperanza!
mas lo que el traidor no alcanza
no lo alcanza el vil!
FERNAN. ¡Señor!
DIEGO. Si tú supieras leer
de la pasion al imperio,
el recóndito misterio
del alma de la mujer,
sabrías que el acendrado

fuego del amor, que halaga;
al viento que arde, se apaga
cuando el amor no es honrado.
Amor que busca el confin
sin mancha del alto cielo,
todo lo del bajo suelo
lo ve miserable y ruin.
Y derrumba los altares
de sus santas ilusiones
si chocan con sus pasiones
los espíritus vulgares.
Sí, yo sé que el corazon
de la dulce Estrella mia
aborrece la falsía
y detesta la traicion.
Y sé que en este momento
da á la infamia de Rodrigo
por merecido castigo
desden y aborrecimiento.

FERNAN. Pues si es honrada y es fiel,
plácemes, señor, te doy.

DIEGO. ¡Ah! bien sabes tú que soy
tan malvado como él.
La noche al crímen propicia
sus sombras prestó á mi anhelo;
¡pues no ha de caer del cielo
la vengadora justicia!

FERNAN. ¡Culpa fué de Aldonza! Ella
exigió desde Quesada...

DIEGO. ¡Mas de esa apuesta malvada
debió ser víctima Estrella?
(Cambiando de tono.)
Fernan, fuerza es concluir,
y pues no tiene remedio
mi mal, tan sólo hay un medio,
uno solo.

FERNAN. ¿Cuál?

DIEGO. ¡Morir!
Esa, Fernan, es mi suerte.

FERNAN. Mira que eso es desvarío!

ROD. ¡Tesoro que tanto ansío
ven á mí, pálida muerte!

ESCENA VII.

D. DIEGO, D. PEDRO, D. ALONSO, FERNAN, CABALLEROS, HOMBRES DE ARMAS.

PEDRO. Aquí estamos á cumplir
tus mandatos.
DIEGO. ¡Á luchar!
PEDRO. ¡Pocos son para triunfar!
DIEGO. ¡Bastantes para morir!
Sepa la africana grey
que es tanta nuestra fiereza,
que habiendo un hombre en Baeza,
será Baeza del rey.
(Desenvainando el mandoble y mostrándole por la cruz.)
Por este signo sagrado
en donde espiró el Ungido,
y el mundo fué redimido
de la mancha del pecado.
La mano sobre el acero
puestos de hinojos.
(Todos se arrodillan menos D. Diego.)
Jurad
hasta morir lealtad
á don Enrique Tercero.
TODOS. Lo juramos!
DIEGO. Que el traidor
que á su juramento falte
muerte de moro le asalte,
ó muera sin confesor.
Alzad y seguid mi huella. (Todos se levantan.)
Vamos en pos de la gloria.
TODOS. ¡Al combate!
DIEGO. Á la victoria!
(Óyese una bocina y una voz en lo interior.)
VOZ. ¡Doña Estrella! ¡Doña Estrella!
DIEGO. ¡Qué he escuchado!
PEDRO. ¡Mi hija!
DIEGO. Sí!
¡El señor oyó mi ruego!

EST. (Dentro.) ¡Don Diego!
DIEGO. ¡Estrella!
EST. (Dentro.) ¡Don Diego!
DIEGO. ¡Aquí, esposa mia, aquí!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ESTRELLA.

EST. (Saliendo con el cabello esparcido y las facciones alteradas por el terror y la indignacion.)
¡Ah don Diego! ¡ah señor!
DIEGO. ¡Estrella mía!
EST. ¡Llegué! ¡por fin llegué! ¡Me falta aliento!
PEDRO. ¿Vienes con honra, Estrella?
EST. ¡Pues vendría!
¡Aún me siguen! ¡Él es! los pasos siento
del infame raptor; no, no, mi huella
perdió! gracias, mi Dios!
DIEGO. ¡Estrella! ¡Estrella!
EST. ¡Mi padre aquí! ¡mi hermano! ¡aquí mi esposo!
los custodios de mi honra! ¡aquí á mi lado!
¿Si soñaré? ¡qué sueño tan hermoso!
¡Ellos son! ¡ellos son! ¡no lo he soñado!
DIEGO. ¡Cálmate, por piedad, Estrella! mira
mi pena, mi dolor!
EST. ¡No como el mio!
no tan fiero y cruel!
DIEGO. ¡Cielos!
PEDRO. ¡Delira!
EST. ¡Es desesperacion! ¡es desvarío!
DIEGO. Me hiciste concebir una esperanza,
¿cuál es tu anhelo, Estrella?
EST. ¡La venganza!
DIEGO. ¡Desdichada!
EST. Venganza tan sangrienta
que castigue su crímen y que borre
la mancha vil de la espantosa afrenta
que como lava por mis venas corre.
DIEGO. ¡Afrenta dices, infeliz!
EST. Don Diego,
la virtud no es virtud sin heroismo;

no mancha sólo el arrebato ciego,
para mí la intencion mancha lo mismo!
¡Funesta noche! ¡venturoso dia!

DIEGO. ¡Habla, por compasion!

PEDRO. ¡Habla, hija mia!

EST. En el rudo fragor de la batalla,
al áspero rumor de la pelea
ví aparecer saltando la muralla
al hombre vil que mi baldon desea.
En el acero de la férrea malla
y en su casco la luna centellea;
de audacia lleno y de cordura falto
desde la almena á mí llega de un salto.
Lanzo un grito de espanto lastimero,
y él sin cuidar de la contienda dura,
viéndome sola en su poder, primero
vencer con ruegos mi virtud procura;
desengañado al fin llégase fiero,
ase con ambas manos mi cintura
y alzándome veloz sobre sus hombros
salta sobre cadáveres y escombros.
Al verme en su poder mortal desmayo
me acometió por el pavor opresa.
Cuando á mi ser volví, como va el rayo
cruzábamos los dos la selva espesa.
Yo libertarme de él, de nuevo ensayo,
pero en sus brazos poderosos presa
inútil siempre mi tenaz porfía
su varonil esfuerzo me vencía.
¡Traidor! le dije, robador impío
que á una débil mujer así atropella,
¿qué puedes conseguir sin mi albedrío,
ni qué de mí alma cuando estoy sin ella!
Sáciate sólo en mi cadáver frio;
y él respondió anhelante: ¡Estrella! ¡Estrella!
y de su amor frenético al exceso
selló mis labios con impuro beso.
Oh! yo me revolví como acosada
fiera, que no encontrando la salida
en el lazo traidor aprisionada
quiere ántes que ceder perder la vida.
Viendo por él mi boca mancillada,

hasta hoy del beso paternal guarida,
quise borrar sus besos insolentes
desgarrando mis labios con los dientes!
Cedió por fin; al macilento brillo
de la luna muriendo en el ocaso,
llegamos á las puertas de un castillo
que elevaba su mole en campo raso.
Su bocina tocó, cayó el rastrillo
á la horrible traicion abriendo paso,
y en una estancia de perfumes llena
entramos, él sombrío, yo serena.
Allí ante mí postrándose de hinojos
rogó, mas viendo inútil su porfía,
viendo brillar de indignacion mis ojos
llevóme á una prision honda y sombría.
Un ruido de cadenas y cerrojos
senti; luégo una puerta que se abría,
y entró Jimen diciéndome: «Señora,
huyamos ántes de rayar la aurora.»
Y saliendo despues por un portillo
cubierto de zarzales y maleza,
tomamos por la espalda del castillo
á pie, campo través, hácia Baeza.
Muerto ya de la luna el triste brillo
sentí al cruzar del campo la aspereza,
llevar al viento en ráfagas veloces
de pisadas rumor y eco de voces.
Corrí, corrí con alas más que el viento
al creerme de nuevo perseguida,
y próxima á perder en un momento
la vida y el honor, que es más que vida,
doblé mis pasos, redoblé mi aliento,
y esta honra de mis padres no vencida
que en vano la maldad manchar procura,
señor, aquí os la traigo ilesa y pura!

(D. Diego la tiende cariñosamenta los brazos; despues expresando en su fisonomía la lucha i nterior que sostiene, dice rápida y vigorosamente.)

DIEGO. ¡Venganza!

TODOS. ¡Sí!

DIEGO. Mis huestes al instante;
nunca sufre el baldon mi pecho noble;

en mi mano vereis vibrar pujante
ó la lanza, ó la espada ó el mandoble.
¡Al castillo del vil! ¡nada me arredra!
á no dejarle piedra sobre piedra!

PEDRO. Así, don Diego, así, pronto, mi lanza!

ALONSO. ¡Muerte y venganza!

TODOS. ¡Sí! ¡muerte y venganza!

DIEGO. ¡Y Baeza!

PEDRO. ¿Y tu honor?

ALONSO. ¿Y don Rodrigo?

DIEGO. ¡Castilla! ¡honor! ¡salid!
(Vacilacion general. Airado.) ¡Salid os digo!
(Vánse todos ménos Estrella. D. Pedro y D. Alonso al salir lanzan fieras miradas sobre D. Diego.)

ESCENA IX.

ESTRELLA, D. DIEGO.

DIEGO. ¡Estrella! ven aquí, dáme tu mano.

EST. ¡Mi mano! ¿qué intentais?

DIEGO. Sé que es honrada.

EST. No lo podeis dudar, señor.

DIEGO. Deseo
un juramento nada más; me basta.

EST. ¿Cuál es?

DIEGO. Decir verdad.

EST. Nunca he mentido.
¡Jurar que no soy vil! ¡Eso me agravia!
Hablad, señor, lo que mi boca diga
siempre será verdad.

DIEGO. Pues bien, ¿le amas?

EST. No.

DIEGO. ¿No sientes el fuego poderoso
del amor abrasando tus entrañas?

EST. ¡No!

DIEGO. ¿Le olvidaste?

EST. Sí.

DIEGO. ¿Qué es lo que resta
en tu pecho hácia él?

EST. ¡Desprecio! nada!

DIEGO. ¿El odio?

EST. ¡Mucho más!
DIEGO. ¿El qué?
EST. El olvido!
yo nunca formo lazos con la infamia!
DIEGO. ¿Cómo mujer enamorada puede
su amor así olvidar? ¿cómo se apaga
aquel ardiente fuego que devora
el alma, el corazon! no, tú me engañas!
¡no es posible! ¡no lo es!
EST. Cuando ese fuego
brota de la virtud, perenne llama
es que ilumina el áspero camino
de esta vida mortal, valle de lágrimas.
Cuando el honor y la virtud olvida,
rayo es de destruccion! ¡tea incendiaria!
DIEGO. ¡Estrella!
EST. En vano disculpar pretende
con la pasion sus iras desbordadas;
pasion terrena, miserable, impura!
no la divina y fiel pasion del alma!
DIEGO. ¡Estrella!
EST. El que es traidor, lo será siempre!
el que una vez faltó, mil veces falta;
de los vicios la torpe levadura
de la virtud los gérmenes arranca;
sí, don Diego, semilla de traiciones
en pechos de traidores sólo arraiga!
DIEGO. ¡Ten compasion de mí!
EST. ¿Qué estais diciendo?
DIEGO. Perdóname!
(Arrojándose á sus piés.)
EST. ¡Señor! ¡vos á mis plantas!
alzad, señor, alzad!
DIEGO. ¡Estrella! ¡Estrella!
las negras horas del dolor avanzan!
EST. ¿Qué me quereis decir?
DIEGO. ¡Ah! tú no sabes
la ponzoña que vierten tus palabras.
Te ví y te amé; te amé con aquel fuego
ardiente, inmenso, que jamás se apaga.
Tu esposo juré ser; ¡bien lo he cumplido!
con impía traicion, con vil infamia,

en el hondo silencio de la noche,
al siniestro crugir de las espadas!
Ladron cobarde que al viajero acecha
y sin defensa y sin piedad le mata!
¡Perdóname! perdóname!

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. Tú lo dijiste, sí, no fueron vanas
tus palabras, ¡verdad! ¡verdad funesta!
el que una vez faltó mil veces falta,
de los vicios la torpe levadura
de la virtud los gérmenes arranca!
fuí vicioso y traidor! ¡lo seré siempre!
no hay para mí perdon, no hay esperanza!

EST. ¡Señor! señor!

DIEGO. Si olvidas á Rodrigo,
no has de olvidarme á mí?

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. ¡Aparta!
no quiero compasion, tu amor anhelo!
tu amor! ¡sólo tu amor! (Estrella va á hablar.)
No mientas! Calla!
(Óyese dentro gritería, música guerrera y el rumor de la batalla.)
¡Ah! ¡qué escucho! el combate se ha empe-
¡combate salvador! ¡el moro avanza! [ñado!
¡adios, Estrella! ¡adios! mi deber cumplo,
tu amor es imposible! ¡tú me matas!
(Váse frenético por la derecha.)

ESCENA X.

ESTRELLA.

¿Qué dijo? ¿que yo le mato?
no, don Diego, vuelve, vuelve,
es la sangre que en tí corre
sangre excelsa de los héroes.
Quien tanto amor atesora,
quien tanta nobleza tiene
es digno del sacrificio...
¡y del amor! ¿qué más quieres?
Yo no te mato, don Diego,

no, don Diego, vuelve, vuelve!

ESCENA XI.

ESTRELLA, FERNAN.

FERNAN. (Agitado.) ¡Señora!
EST. ¿Eres tú, Fernan?
¿qué ha pasado? ¿qué sucede?
FERNAN. Vengo á buscar á don Diego;
el africano insolente
ha vuelto sobre Baeza
cuadruplicadas sus huestes.
Salió don Pedro Manrique
con poca, mas brava gente,
mientras los sesenta hombres
que la esplanada defienden
dando su vida, el impulso
del africano detienen.
Don Alonso, espada en mano,
es devastador torrente;
don Pedro raja, acuchilla,
pero los dos poco pueden.
Vengo á buscar á don Diego,
doña Estrella, y á Dios plegue
que como anoche su brazo
á los árabes enfrene
y en no perder la existencia
por sus desdichas se empeñe.
EST. ¿Qué estás diciendo?
FERNAN. Hace poco
me dijo con voz solemne
que su muerte era tu vida
y que va á buscar la muerte!
EST. ¡Ya ha partido! ¡ah, Fernan, dile
que si la existencia pierde
ha de perderse la mia
con la suya juntamente.
Dile que le espero! dile...
dile... ¿por qué te contienes,
corazon mio? ¡que le amo!
¡que le amo!

FERNAN. ¡Ah, señora!
(Asomándose á una almena.) ¡Vedle!
(Doña Estrella sube á la almena.)
á su aspecto amedrentados
huyen los moros.—Revuelve
su corcel, allí acuchilla,
acá destroza, allá hiere...
Ya voy, señor! (Váse corriendo.)

EST. (Desde la almena.) ¡Qué bizarro!
¡qué galan! y qué valiente!
¡Ah! no te expongas, bien mio!
mira que el número crece;
y que el que intenta imposibles
orgulloso á Dios ofende. (Con ansiedad.)
¡Ah don Diego! ¡Diego! Diego!
¿dónde vas?
(Echándose las manos á la cabeza baja la escalinata de las almenas dando traspiés, y cayendo en la escena.)
¡Jesús mil veces!

ESCENA XII.

ESTRELLA desmayada, despues D. DIEGO y FERNAN.

Queda Estrella desmayada breves instantes.—Óyese el rumor de la batalla, unas veces más violenta, otras menos; ya cerca, ya lejos.—Pasado un corto espacio de tiempo, Estrella va volviendo en sí, sin darse cuenta de la situacion en que se halla.

EST. ¿Qué es esto? ¿Cómo aquí? ¿Cómo?
¡se extravía mi razon!
¡ay! me pesa el corazon
como una losa de plomo! (Dando un grito.)
¡Ah! sí, sí, desde una almena
ví á mi noble caballero,
sobre su corcel ligero...
despues! despues! ¡ah! qué pena!
Venid, acerbos pesares,
venid, fieras agonías!
derramad, lágrimas mias,

mis hondos duelos á mares!

(Vacila y cae en un banco ocultando el rostro entre las manos. D. Diego aparece al fondo moribundo, apoyado en Fernan.—Conócese en su fisonomía y en el esfuerzo que hace la lucha que sostiene con la muerte.)

DIEGO. ¡Me ama! ¡Fernan, me ama!
¿no es verdad? ¡atrás! ¡oh muerte!
esfuerzo para vencerte
me da amor! ¡aquí me llama?

FERNAN. ¡Ah! mi señor!

DIEGO. Tengo brío
para vencer mi agonía.

FERNAN. ¡Mírala allí!

DIEGO. ¡Estrella mia!

EST. (Dando un grito y corriendo á él.)
¡Ah don Diego! ¡Esposo mio!

(Abrázase á D. Diego frenética, y sosteniéndole le llevan entre los dos al banco donde estuvo sentada Estrella.)

¿Cómo aquí? no lo comprendo!
¡te veo! me vuelvo loca!
¿cómo mi mano te toca?
cómo, d.?

DIEGO. ¡Me estoy muriendo!

EST. Dios su cólera mitiga!

DIEGO. ¡Me muero!

EST. ¡Dios es clemente!

DIEGO. Le ofendí villanamente,
su justicia me castiga. (Pausa.)
Pero una dicha se encierra
en estas horas de duelo,
mi ser se eleva hasta al cielo
sin abandonar la tierra.
Y veo luces brillar,
y oigo una música suave,
y sube mi alma como ave
que libre empieza á volar.
No sé si esos fuegos rojos
son del Señor las moradas
ó las celestes miradas
de tus dulcísimos ojos.

(Pausa. Mira fija y cariñosamente á Estrella, luégo su mirada aparece sombría.)

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. Fiero dolor
abate mi fortaleza.

EST. ¿Cuál?

DIEGO. Perdida está Baeza,
el moro vence.

(Óyese un rumor confuso que va creciendo y aproximándose. Fernan corre á la almena.)

FERNAN. ¡Ah señor!
una esperanza de gloria
trae ese rumor creciente.

DIEGO. ¿Qué?

VOCES. (Fuera.) ¡Victoria!

EST. ¡Dios clemente!

FERNAN. ¡Victoria! ¡Señor, victoria!
Don Pedro...

DIEGO. ¿Qué dices?

FERNAN. Digo
que el triunfo es del castellano.

(Aparecen por el fondo D. Pedro con la bandera de Castilla en la mano, D. Alonso, Caballeros y Hombres de armas con estandartes, etc., cogidos al moro.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, D. PEDRO, D. ALONSO, CABALLEROS, HOMBRE DE ARMAS.

PEDRO. ¡Vencido va el africano!

ALONSO. Muerto queda don Rodrigo!

DIEGO. (Fijando la mirada en Estrella.)
¡Muerto don Rodrigo!

EST. (Adivinando el pensamiento de D. Diego.)
No!
deshecha ese pensamiento,
para mí no hay más tormento
que perderte.

DIEGO. (Con extremada dulzura.) ¡Estrella!

PEDRO y ALONSO. (Acercándose.) ¡Oh!

DIEGO. Sí, la muerte el plazo acorta
de mi vida, pero el rey
verá cumplida su ley,
lo que resta poco importa.
(Tendiendo la mano á la bandera de Castilla, que D. Pedro le entrega.)
Ven, bandera sin mancilla;
ven, victorioso pendon,
cúbreme con tu blason
santo emblema de Castilla.
(Tendiendo la otra mano á Estrella.)
¡Estrella! á mi lado! ¡Estrella!

EST. ¡Diego! ¡Diego!

DIEGO. Aquí! á mi lado!
quiero morir abrazado
contigo! Sí, sí... y con ella!
Bendito sea el Señor
que en mi lápida mortuoria
junta el laurel de la gloria
á la palma del amor.
(Muere. Estrella da un grito desgarrador, pero dominando su pena levanta la frente.)

EST. ¡Muerto! Esforzados varones,
romped las nobles espadas!
banderas inmaculadas,
ceñid fúnebres crespones!
Ante su heróica grandeza
toda soberbia sucumba,
¡orad! ¡orad en la tumba
del FRONTERO DE BAEZA!
(Todos se descubren y arrodillan. Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

		¡De los toros!.	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo.....	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
5	1	Lo que puede decirse, *parodia.*	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
		Ladrones!.....	1	Sres. Amatriain y Ruiz.	M.
2	3	Maestro de amor.....	1	Navarro y Alcalá Galiano.....	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.....	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Skating Ring.....	1	Mariano Barranco...	L.
»	»	Un crímen misterioso.....	1	Lastra y Valverde y Chueca.....	L. y M.
		Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca..	L. y M.
12	9 c.	¡Á los toros!.....	2	Vega, Valverde y Chueca.....	L. y M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.....	M.
»	»	El laurel de oro.....	2	Rubio y Taboada....	M.
		El pájaro verde.....	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas.....	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
		Los Madriles.....	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer.....	3	Cuartero y Mangiag.	L. y M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.